

ESCENAS DE LA SANTA INFANCIA EN EL KIANG-NAN.



VII.—Misionero supliendo las ceremonias del Bautismo.



VIII.—Comida de los niños.



IX.—Religiosas enterrando niños muertos.



X.—Religiosa instruyendo á los niños.



XI.—Torre de los niños (cerca de Shang-hai).



XII.—Niños desenterrados por orden de los mandarines.

LA OBRA DE LA SANTA INFANCIA.

En 1843 habia en París uno de esos hombres cuya energía moral concibe con viveza los más gigantescos proyectos y los pone en práctica. Llamábase Forbin-Jamsom; era obispo de Nancy, misionero de Oriente, de Esmirna, de Tierra Santa, de los Estados-Unidos, y sus largos trabajos apostólicos no habian disminuido ni su energía, ni su insaciable deseo de hacer bien. Supo que en las inmensas comarcas de la China, donde la degradacion es la inseparable compañera de la idolatría, padres bárbaros, sordos á la voz de la naturaleza, inmolan sus hijos, les ofrecen como pasto á los más viles animales, los exponen en las calles ó los arrojan á los rios. Estremécese su corazon; su imaginacion se exalta, y concibe un proyecto inmenso; resuelve un problema para salvar á todos aquellos niños!...

Su conviccion católica añade al celo que le inflama para preservarles de la muerte, el deseo ardiente de abrirles el cielo. Empero, ¿cuáles serán sus medios de ejecucion? ¿Qué proyecto va á concebir?

Aquellos padres bárbaros, insensibles á la pérdida de sus hijos, no lo serán tal vez á la vista del oro, móvil de tantas buenas, de tantas malas acciones: además, tal vez muchas madres, que se deciden á arrancar la vida á sus hijos porque no pueden proveer á su subsistencia, se decidirán sin duda á venderlos, pues que se determinan á separarse de ellos por una muerte cruel. Todo esto es verdad: sus predicciones se realizan; y cuentan los viajeros que por 200 chapecas (unos 6 reales) dan un niño acabado de nacer; por 400, uno de dos años; por 40 reales, uno de diez años. Era necesario dinero á toda costa. El dinero es siempre necesario, y sin embargo es siempre raro. La caridad es ingeniosa... sí; pero ya se han puesto en contribucion las inspiraciones de su genio, y se le ha revestido con todas las formas posibles. Se ha hecho Hermana de la Caridad y Sierva de María para el auxilio de los enfermos; fundadora de las casas de expósitos; religiosa de San Juan de Dios y de las Escuelas Pias, etc., etc. Ha llamado á todas las puertas, y muchas puertas se le han abierto; por consecuencia los pobres niños chinos y su digno protector iban á encontrar muchas bolsas cerradas. Pero era preciso dinero; era preciso para convertirlo en chapecas, y para comprar con estas chapecas tiernos niños que van á morir... ¡Qué inspiracion! Hay una clase de la sociedad humana á la que todavía no se ha pedido su concurso para las obras de caridad, que no se la ha reunido, que no se la ha constituido en una asociacion. Esta clase, en verdad, no posee grandes capitales, empero... ¡esperanzas sí! Es la infancia la que padece; pues que sea la infancia la que acuda á su socorro. Se apela á la niñez; el piadoso Obispo traza las cláusulas del contrato de seguridad contra la muerte de sus pequeñuelos protegidos; cada niño asegurará todos los meses dos cuartos del ahorro de sus diversiones. Por todas partes se buscarán estos pequeños salvadores: en la familia, en los colegios, en todas las reuniones de niños. Todos estos *pequeños asociados*, al contribuir con su pequeña limosna, harán que Dios multiplique su ligera ofrenda. Los rios se alimentan de

los arroyos, y los arroyos de las gotas de agua que destilan las peñas: la limosna de la Santa Infancia es para cada niño una gota reunida á otras, formando un arroyo de caridad que confluyendo con otros constituye un rio; y reunidos estos rios forman un oceano bastante para atender á los santos objetos que se ha propuesto la Asociacion. Las madres contemplarán con placer la felicidad de sus hijos de cuatro, de cinco, de ocho años, orgullosos de llamarse miembros de la *Obra de la Santa Infancia*.

Todas estas ideas concibió el Ilmo. Forbin-Jamsom; y despues de haber comenzado su obra en París, marcha á Bélgica, y va derecho á llamar á la puerta del rey Leopoldo... y dos dias despues los encantadores hijos de aquel monarca se contaban en el número de los aseguradores, y sus augustos padres querian que sus hijos fuesen los protectores de aquella *Obra* en su reino.

Todo se organiza con prodigiosa rapidez. Se asegura el concurso de todos los obispos de Francia y de los patriarcas de Oriente. Un gran número de sacerdotes decididos se consagran en todas las partes del mundo á agruparse en torno de su *Obra* y á favorecerla; todos prestan su generoso concurso para consolidarla y hacerla popular. Del Norte de Francia el digno fundador camina al Mediodía. Mas ¡ay! agobiado por tantas fatigas, su salud, inalterable hasta entonces, le falta por primera vez al ardor de su celo. Transportado á casa de su familia, siempre ocupado y hablando sin cesar de su querida *Obra*, entrega su espíritu á Dios y vuela al cielo, desde donde tiende una mano protectora sobre sus queridos niños de la China y sobre sus queridos libertadores de todo el mundo. Trescientos mil asociados en Europa, y todos los misioneros apostólicos en el fondo del Asia: este es el espectáculo que puede contemplar. Ha dejado la tierra... ¿Morirá su *Obra* con él?

No: simple y modesta como la niñez á que está consagrada, la *Obra de la Santa Infancia* no tardó en inspirar el interés inseparable de esta edad. La poderosa proteccion de los soberanos pontífices Gregorio XVI y Pio IX, de santa memoria, y el impulso de todo el Episcopado católico hicieron que esta piadosa institucion se convirtiese en universal, y favorecieron los inmensos resultados que no ha dejado de producir en China (1).

En nuestra España la reina Isabel II, apenas llamó á

(1) Por rescriptos del 17 de Marzo y 2 de Mayo de 1846, 10 de Enero de 1847, 12 de Enero de 1851, 6 de Abril de 1856 y 20 de Marzo de 1870, concedieron los mencionados Papas á la *Obra* las indulgencias siguientes:

1.^a Indulgencia plenaria en favor de los asociados y asociadas vivos, que se puede ganar desde Navidad hasta la Presentacion del Niño Jesús en el templo.

2.^a Indulgencia plenaria aplicable á los difuntos, que se puede ganar desde el segundo domingo despues de Pascua hasta fin de Mayo.

Estas indulgencias pueden ganarse por los asociados y asociadas que asistan á una misa dicha por la santa *Obra*, y por los niños y niñas que aún no han hecho su primera Comunión, porque Su Santidad los dispensa para este efecto.

3.^a Indulgencia plenaria en las fiestas de los Patronos de la *Obra*, á saber: de la Presentacion de la santísima Virgen, de los santos Angeles custodios, de san José, de san Francisco Javier y de san Vicente de Paul, con la condicion prescrita por Su Santidad, de rogar por el aumento y prosperidad de la *Obra*.

4.^a Indulgencia parcial de un año para los miembros de los Consejos y Juntas de la *Obra* ya establecidos, ó que en lo sucesivo se establezcan de un modo regular, en cualquier lugar que sea, por cada reunion de estos Consejos ó Juntas á que asistan.

las puertas de su palacio la *Obra de la Santa Infancia*, se apresuró á colocar á la cabeza de los asociados á su augusta hija Isabel, cuyo ejemplo siguió inmediatamente una multitud de niños de todas edades y condiciones. La Asociación se extendió de Madrid á todas las provincias, y para darle un centro de cohesión se formó, bajo la presidencia del Cardenal-Arzbispo de Toledo, un Consejo de la Obra puramente español que estuviese en correspondencia con el central de París.

¿Quieren nuestros lectores conocer y apreciar los beneficios de esta institución? Vuelen con nosotros á la China en alas de la caridad cristiana. Surcan los mares diversos buques y transportan á aquellos países los emblemas de la Santa Infancia: imágenes, medallas... y sobre todo dinero con que procurarse chapecas. Ya estamos en Macao, en la orilla del mar, en ese lindo pabellón chino. Se llama *Yeu-yn-thang*... No hay que asustarse de esas palabras; quieren decir: *Sitio protector de la infancia*. Entremos. ¡Oh! ahí vemos unas mujeres... las reconocemos en su característica toca. Son Hermanas de San Vicente de Paul: preciosa carga que se ha llevado á la China al mismo tiempo que el dinero. Las primeras salieron de Marsella en 1847, empero no llegaron todas; algunas murieron en el camino é hicieron vela hácia la eternidad. En aquel pabellón hay una porción de pequeñas cunas en que sonríe la felicidad. Los misioneros compran y rescatan los niños por mínimas cantidades, los bautizan y los dan á cuidar á estas religiosas.

¿Qué cuadro tan tierno no ha de ofrecer un río siempre cubierto de barcas, cuya tripulación se compone de piadosas mujeres cargadas de niños que, con una tierna sonrisa dibujada en sus inocentes labios, parecen manifestar su alegría por verse libres de una muerte prematura!

Excede de tres millones el número de infelices niños que en el espacio de diez años han sido bautizados y cuya máxima parte ha subido al cielo. Pero ¡cuánto mayor es el número de los que han tenido desdichada muerte!

Los infanticidios se multiplican de tal suerte en algunas provincias del *Celeste Imperio*, que los mismos magistrados del país se horrorizan. Sus proclamas, todas inútiles, prueban de un modo irrefragable la existencia de esta espantosa costumbre. Véase para muestra la que no ha mucho tiempo publicaron los de Fu-tcheu-fu:

«La perversa costumbre de matar á las niñas en la provincia de Fo-kien tiene por causa haberse perdido completamente la conciencia. Las personas que así derraman su propia sangre cometen una crueldad que necesariamente ha de atraer sobre ellas calamidades y miserias. Si no se deja vivir, si no se educa á las niñas, ¿cómo podrá crecer y prosperar el género humano? Niños y niñas son igualmente hijos vuestros. ¿Cómo podéis determinaros á matar estas niñas á quienes disteis la vida? No sólo incurren los que eso hacen en la ira del cielo, sino que también es manifiesto que faltan á las leyes del país. Ahora mismo voy á recorrer los pueblos para proclamar este edicto, para evitar rigurosamente el mal y preveniros contra él. Más adelante copio el párrafo de la ley que habla del infanticidio: debéis tenerla siempre en la memoria para animaros á cumplirla. El

que viole la ley será preso y castigado. Por nada del mundo debe considerarse como una cosa ordinaria esta proclama. El Código del tribunal criminal contiene este párrafo: «Los abuelos y padres que voluntariamente «hayan dado muerte á sus hijos serán castigados con «setenta golpes de bambú y condenados á año y medio «de destierro.» Cada vez que yo hablo la ley acompaña á mis palabras. Obedezcan todos mis órdenes, y déjese de marchar por antiguo camino.»

Asombran al más intrépido y conmueven al más duro las relaciones acordes que sobre el particular llegan á nosotros por muy diferentes y encontrados conductos. Oigamos el testimonio de un autor inglés tomado de la obra intitulada *Investigaciones filosóficas sobre los chinos*: «Allá, dice, las parteras ahogan en un cubo de agua caliente á los niños... ó bien los arrojan á los ríos con una calabaza silvestre vacía y atada por detrás, de modo que sobrenadan mucho tiempo antes de espirar (sucediendo á veces, según afirman otros, que las aves de rapiña, horadándoles el cerebro, les comen los sesos antes de morir). Los gritos que dan entonces harían estremecer á la naturaleza humana; pero allí están acostumbrados á oírlos, y no se hace alto. Otra manera de deshacerse de ellos es la de exponerlos en las calles, por donde pasan todas las mañanas, especialmente en Pekín, unos carretones en los cuales cargan estas infelices criaturas expuestas desde la noche, y las conducen á un hoyo, que no cubren, con la esperanza de que los mahometanos lleguen á tomar alguno de ellos. Pero antes de recogerlos... para trasladarlos al muladar, sucede con frecuencia que los perros, y todavía más los cerdos, que infestán las calles de las ciudades de la China, se los comen vivos. Se asegura que en solo Pekín, en tres años, se contaron nueve mil setecientos de estos desgraciados, que fueron conducidos, como queda indicado, al muladar, sin hacer mención de los que habían sido ahogados al salir del seno de sus madres, ni de los que tomaron los mahometanos, ni de los que perecieron en sitios donde no había quien los contase.»

Añadamos los arrojados á los ríos, que algunos hacen subir á diez ó doce mil cada año en sólo la ciudad de Pekín. Otro autor, Dobel, consejero del colegio al servicio de Rusia, en su obra *Siete años en China*, se explica en estos términos: «Muchos de los habitantes pobres de Canton, por un exceso de miseria, abandonan á sus recién nacidos, los cuales por lo común son víctimas de la voracidad de los perros. Los pobres crían algunos de estos niños para hacerlos comediantes, y algunas niñas para entregarlas al desorden... Era moda entre los ricos ahogar muchas de sus hijas recién nacidas, porque les parecía bochornoso tener crecida familia de este sexo.»

Estos hechos se confirman con las recientes relaciones de los misioneros. El P. Joset escribía: «En estos países hay la costumbre de que un chino pobre, no pudiendo criar sus hijos, los ahoga, les da otro género de muerte, ó los tira á la calle, expuestos á ser devorados por los perros... Centenares y millares perecen de este modo. Todos nuestros misioneros se ocupan en recoger á estas infelices criaturas: á mí mismo me las traen con frecuencia por 6 francos y aún de balde, diciéndome que, si no las admito, acabarán con ellas. No tratándose más que de dar 6 francos, sería muy fácil el negocio; pero

¿en dónde recogerlas? ¿quién las dará de mamar? ¿quién las criará?... Sin embargo, rechazarlas sería una crueldad.»

El P. Mouly dice, hablando de estos desgraciados: «Si tienen alguna enfermedad que se juzga incurable, los padres los abandonan en la calle después de haberlos ennegrecido, de modo que no puedan distinguirse, y lo mismo sucede si son muy hermosos. Yo recomiendo estas criaturas infelices á las oraciones de nuestras buenas Hermanas de la Caridad.»

El P. Retord dice: «El infanticidio es muy frecuente en China; muchas veces las mismas madres desnaturalizadas ahogan con sus manos el fruto de sus propias entrañas. El uso de abandonar los niños en las calles prevaleció tanto, que las medidas adoptadas por el Gobierno para contener los abusos no han producido efecto.»

En fin, para no ser interminables, los PP. Charrier y Galy, misioneros, cuyo testimonio es tanto más fidedigno cuanto que el uno evangelizó aquellos lugares durante doce años, y ambos tuvieron la dicha de ser apaleados y llevar las gloriosas cadenas de Jesucristo cerca de dos años, esperando por momentos el martirio, proclaman las inmensas ventajas de la *Obra de la Santa Infancia* en favor de tantos y tan desgraciados niños.

Salvarlos de la muerte que les amenaza, procurarles el Bautismo, hacerlos adoptar en el interior de la China, fundar por todas partes huerfanatos y casas de educación: tal es el objeto á que se dirigen todos los esfuerzos de esta Asociación, cuya ingeniosa organización es como sigue:

Se forman series de doce miembros; doce series forman una subdivisión; doce subdivisiones componen una división, llegando en fin á formar una agrupación de millones de asociados. La cotización es de 3 reales al año. Multiplíquense estas cantidades; añádanse los donativos voluntarios, y no asombrarán los inmensos resultados que se han visto en la China, esos millares de niños que se han bautizado, que se han instruido, y que hechos hombres, un día tal vez sacerdotes, evangelizarán su patria y derramarán en ella las luces de la fe, hasta el día en que el Catolicismo y la civilización, su inseparable compañera, se enseñoreen de aquel vasto Imperio. La China dejará de ser infanticida al dejar de ser idólatra. *Fiat! fiat!*

EL PATRIARCADO DE ANTIOQUÍA.

VI.

LA PRIMERA IGLESIA PATRIARCAL.

Si Antioquía tuvo la gloria de ser una gran capital y la morada de ilustres soberanos, tuvo sobre todo la de ser una célebre metrópoli cristiana.

Desde los primeros tiempos llevó el nombre de patriarca el obispo de esta ciudad.

El patriarca es un prelado que tiene derechos y una jurisdicción más considerable que la de los metropolitanos.

El patriarcado es el país sobre el cual se extiende la jurisdicción del patriarca.

El primer patriarcado fué Antioquía.

Sin embargo, el patriarcado no es más que una deri-

vación del Primado, cuya plenitud reside en la Sede romana.

La jerarquía eclesiástica se constituyó teniendo en cuenta la forma del gobierno civil. Siendo Roma la capital de los emperadores, san Pedro estableció en ella para él y para sus sucesores la Sede pontificia sobre todo el mundo cristiano; pero antes de fijar su Cátedra en Roma habíala establecido primero en Antioquía, que era, al par de Alejandría en Egipto, una prefectura romana. Antioquía es, pues, la primera Iglesia patriarcal, sigue Roma, y después Alejandría: tres patriarcados fundados por san Pedro, los dos primeros en persona, y el último por su discípulo san Marcos. San Jerónimo llamaba á la ciudad de Antioquía la Metrópoli de todo el Oriente, y en los primeros tiempos de la Iglesia el patriarcado de Antioquía se designaba por lo comun con el nombre de *Patriarcado de Oriente*, y comprendía toda el Asia, el Egipto y la Libia.

En tiempo del concilio de Nicea no había más que los tres Patriarcados. Constantinopla, la cuarta Iglesia patriarcal, data del siglo IV, desde el día en que Constantinopla se convirtió en capital del Imperio. Más tarde fué fundada la Iglesia patriarcal de Jerusalem, mediante un desmembramiento del patriarcado de Antioquía, al cual tomaba algunas provincias.

Quedó á este la jurisdicción directa sobre la Siria, la Cilicia, la Asiria y la Armenia; al patriarcado de Alejandría sobre el Egipto y la Libia; al de Jerusalem sobre la Palestina.

Después de la formación de los patriarcados de Alejandría, de Constantinopla y de Jerusalem, el de Antioquía comprendía:

Antioquía, metrópoli de la Siria primera	con 9	} arzobispos y obispos.
Opamea, — de la Siria segunda.....	— 7	
Laodicea, — de Theorada.....	— 4	
Tarso, — de la Cilicia primera....	— 10	
Anazarbe, — de la Cilicia segunda....	— 12	
Seleucia, — de Isauria.....	— 31	
Tiro, — de la Fenicia marítima..	— 20	
Damasco, — de la Fenicia del Líbano. —	17	
Hierópolis, — de Euphrateia.....	— 17	
Edessa, — de Osroena.....	— 19	
Amida, — de Mesopotamia.....	— 37	
Dademon, — de la Armenia Mayor... —	17	
Salamina, — de Chipre.....	— 19	

Cuando los cruzados llegaron por primera vez delante de Antioquía (1097), el Patriarcado tenía bajo su jurisdicción veinte provincias gobernadas por metropolitanos.

Un cisma formidable, preparado con mucha anterioridad, estalló en el siglo IX, trayendo su origen y sus causas de la división del Imperio oriental y occidental, de la diversidad de ceremonias y de lengua litúrgica, de la ambición de los patriarcas de Constantinopla y sus continuas herejías, y de la antipatía de los emperadores de Oriente contra los Papas adheridos á los emperadores de Occidente.

Del cisma data la decadencia del Oriente: azotes de toda clase, las irrupciones de los bárbaros, han impedido que aquellos pueblos volvieran al regazo de la Madre Iglesia.

En vano Roma procuraba entablar negociaciones: creyóse por un momento en vísperas de conseguir el logro

de sus nobles y legítimas aspiraciones en el concilio de Florencia celebrado en el siglo XV; pero sus esperanzas quedaron frustradas.

El patriarca de Constantinopla era un gran personaje: hoy sin fuerza ni prestigio, está bajo la férula del Gran Turco.

Santa Sofía, hoy mezquita, era la iglesia patriarcal de Constantinopla.

Los diversos patriarcados se reparten el gobierno espiritual de todos los países cristianos.

En 1057 la Santa Sede, al mismo tiempo que conservaba los patriarcados orientales, quiso consagrar su recuerdo representándolos en Roma por las siguientes iglesias llamadas patriarcales: San Juan de Latran, Santa María la Mayor, San Pablo, San Lorenzo y San Pedro.

Cada una de esas iglesias patriarcales de Roma está servida por siete Cardenales.

Los derechos de los patriarcas de Oriente eran:

1.º La decision de asuntos graves en la circunscripción del patriarcado.

2.º Si algun obispo ó clérigo tenia un litigio, debía comparecer ante el primado, ó exarca, ó patriarca, cuyas sentencias eran inapelables, segun decreto de Justiniano (1).

Nótese, sin embargo, que este decreto no puede tener fuerza más que en *causas menores*; pues, segun Valentiniano, en las mayores sólo tiene potestad para juzgar á los obispos y en materias de fe el *Obispo de Roma* (2).

3.º Al patriarca correspondia el derecho de convocar en concilio á los obispos de su patriarcado.



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.—Fortaleza y fosos de Akita (lado occidental). (Pág. 133).

Así el patriarca Juan reunió á todos los obispos de Siria para condenar á Nestorio y restablecer la comunión con el Romano Pontífice y la Iglesia católica.

4.º Administrar los sacramentos del Orden y Confirmación en las diócesis vecinas de la Sede de su patriarcado.

Superiores á los patriarcas y arzobispos eran los exarcas ó primados.

Así el concilio de Calcedonia en el siglo V, al dar el nombre y la autoridad de patriarca al obispo de Constantinopla, extendió su jurisdicción sobre los exarcados del Ponto, del Asia Menor y de la Tracia.

El primado era no solamente el metropolitano de una provincia, sino tambien de toda una *diócesis*. En este sentido significa diócesis un gran gobierno en el que es-

taban comprendidas muchas *parroquias*, cada una de las cuales tenia su metrópoli: en este caso el obispo estaba encargado de un territorio ó *paroquia*, cuya jurisdicción se le habia señalado. El concilio de Antioquia da el nombre de metropolitano al primer obispo de cada provincia, residente en la ciudad principal ó metrópoli civil de la provincia, que viene á ser tambien de este modo metrópoli eclesiástica.

Los patriarcas tenian, áun bajo el punto de vista civil, grande autoridad.

(1) Contra horum antistitum sententias non esse locum appellationi, à majoribus nostris constitutum est.

(2) Cum de *majoribus*, beatissimus episcopus urbis Romæ, cui antiquitus sacerdotium in omnes detulit, de episcopis et de fide iudicandi potestatem habuerit.

En 1201, durante las Cruzadas, habiendo un patriarca de Antioquía excomulgado al príncipe Bohemundo por sus escandalosos divorcios, el Príncipe, para vengarse, confiscó los bienes del Patriarca y de sus sufragáneos. Esta lucha entre el Príncipe y la Iglesia causó muchos disturbios en Antioquía y sólo terminó por la intervencion del rey de Jerusalem.

En 1205, Livon, rey de Armenia, secundado por el patriarca y los habitantes de Antioquía, apoderóse de la ciudad y restableció en sus derechos al jóven Rupen, hijo de Bohemundo. Por haberle auxiliado en recobrar el principado, Rupen quiso rendir pleito homenaje al patriarca.

En 1208, cuando el sultan Bibars puso cerco á Antioquía, ausente el príncipe Bohemundo VI, ejercía el patriarca en lugar suyo la principal autoridad.

Al ser tomada la ciudad por asalto, el patriarca fué acuchillado al pié de los altares, en la iglesia de Dominicanos, revestido de sus hábitos pontificales.

Hoy existen cuatro patriarcas de Antioquía unidos á Roma. El patriarca latino, puramente nominal, lo mismo que el de Alejandria: el patriarca maronita, que extiende su jurisdiccion sobre el Libano y el Ante-Libano; el patriarca sirio, para los cristianos de este rito, y el patriarca melchita. Los griegos que han conservado la liturgia melchita han tenido siempre un patriarca en comunión con Roma, y es, por tanto, la Santa Sede la que confiere esta dignidad patriarcal. El titular ejerce su jurisdiccion sobre los griegos y los armenios adheridos á la liturgia melchita, que atribuyen á san Melecio, patriarca de Antioquía en tiempo de san Jerónimo.

El nombre de *melchita*, derivado del siríaco, significa *realista ó imperial*. Los eutiquianos, condenados por el concilio de Calcedonia, dieron este nombre á los ortodoxos, que se sometieron á las decisiones de este concilio y al edicto del emperador Marciano, que ordenaba su cumplimiento.

El patriarca griego melchita ejerce su jurisdiccion sobre las Iglesias de Siria, Mesopotamia y Caramania, en número de 42 arzobispados y obispados.

Aunque el patriarcado de Antioquía, reducido á estas proporciones, no sea más que una sombra de lo que fué en los primeros siglos, su jurisdiccion es aún muy importante.

El patriarca melchita es el verdadero sucesor de san Ignacio y de san Melecio: tiene la fe de Roma, tiene las tradiciones apostólicas y los privilegios de aquellos dos primeros obispos de Antioquía. Es el verdadero patriarca de Antioquía, de Alejandria, de Jerusalem y de todo el Oriente.

¡Cuán digna es de nuestra veneracion y de nuestro amor esa antigua Iglesia de Oriente! ¡Cuántos pueblos, todos cristianos, se encuentran bajo el cayado del Pastor de los pastores, en torno de la gruta de Belen, del Calvario y del Cenáculo en Jerusalem, de la Cátedra de Antioquía, del teatro de la caridad del ilustre Juan, patriarca de Alejandria! ¡Quiera Dios que reflorezcan esos antiguos vergeles de su Iglesia! ¡que tantas almas sumidas en los errores del nestorianismo, en la hipocresía del cisma y en las torpezas del islamismo, rompan sus vergonzosas cadenas y resuciten al camino, á la verdad, á la libertad, á la vida, que son en Jesucristo y en su

Iglesia! ¡Que al entrar en la familia de los escogidos apresuren la hora en que no haya más que un solo rebaño y un solo pastor, el heredero de Pedro, el Obispo de los obispos, el Vicario de Jesucristo, el Pontífice infalible de Roma!

Nosotros, que hemos heredado la verdadera luz, podemos contribuir con nuestras preces y nuestras limosnas á hacer que brille el dia feliz.

Del Oriente nos vino la salud, y al Oriente volverá por el Occidente. Llevemos la buena nueva á los que la han olvidado.

CORRESPONDENCIA.

PARAGUAY.

Carta del P. Reveillère, de la Congregacion de la Mision.

...Debo hablar de los motivos que me han llevado dos veces á la capital del Paraguay y de los hechos de que he sido testigo en esta ciudad.

Mi primer viaje á la Asuncion en 1877 debióse al influjo de varias causas. Hacia cerca de tres años que la Iglesia del Paraguay estaba sin jefe, ó mejor dicho, se hallaba en pleno cisma; hé aquí cómo. En 1874 el internuncio apostólico residente en Rio-Janeiro habia conferido al Rdo. Moreno el cargo de administrador de la Iglesia del Paraguay, con los poderes extraordinarios concedidos á los obispos de América, excepto, por supuesto, aquellos cuyo ejercicio requiere carácter episcopal. El Rdo. Moreno cayó enfermo y murió á los diez meses de estar desempeñando su cargo. Durante su enfermedad, un presbítero no menos ambicioso que intrigante se aprovechó ó más bien abusó de la debilidad de carácter del enfermo, haciéndole otorgar un testamento que redactó el mismo falsario, en virtud del cual transfería á éste todos los poderes que habia recibido de la Santa Sede junto con el gobierno de la Iglesia. La novedad de esta transmision de poderes llegó bien pronto á conocimiento del Delegado apostólico, quien dirigió inmediatamente una nota al intruso declarando nulos y sin valor todos los actos de su administracion; nota fundada en la falta de derecho del Rdo. Moreno para transmitir á otro el gobierno de la iglesia, y en que, aún en el caso de haberlo tenido, el usurpador era inhábil para recibirlo. Habia incurrido efectivamente en varias censuras por actos de la mayor gravedad en el ejercicio del cargo de *fiscal de la Sangre*: tal era, por ejemplo, el haber hecho fusilar por venganza al Ilmo. Palacios, último obispo del Paraguay. La nota del Internuncio fué remitida por un general brasileño al usurpador, que no hizo caso de ella y solamente la comunicó al presidente de la República y á algunos ministros con los cuales estaba, como suele decirse, á partir un piñon. En su consecuencia continuó gobernando la Iglesia en menosprecio de la Santa Sede y con el apoyo del poder civil. En virtud de las reclamaciones del Internuncio, el Gobierno paraguayo determinó en 1876 enviar á Roma á un tal Uriarte con la mision de hacer reconocer al intruso en calidad de administrador de la Iglesia. Como es natural, la mision tuvo mal éxito por presentar un candidato inaceptable.

Tal era el estado de cosas cuando Pio IX, con ocasion de haber conferido al Ilmo. Roncetti el cargo de nuncio apostólico cerca el Gobierno del Brasil, de Chile, de la república Argentina y de la del Paraguay, escribió á J.-B. Gill, presidente de esta última, una carta en que le exhortaba á recibir á su enviado con los honores debidos á su rango y con la deferencia que merecian sus eminentes cualidades: exhortábale al mismo tiempo á que aprovechase su llegada para arreglar definitivamente y de un modo conforme á los votos de un país tan católico como era el que gobernaba, la grave é importante cuestion de la Iglesia del Paraguay. La respuesta favorable del presidente se publicó en todos los periódicos religiosos, que la consideraron como presagio de la próxima terminacion del cisma paraguayo.

Quiso el Nuncio aprovechar tan felices disposiciones para apresurar una solucion tan deseada. No pudiendo venir por sí mismo al Paraguay, delegó al Rdo. Espinosa, secretario del arzobispado de Buenos-Aires, para entablar las negociaciones. Antes de partir, el Rdo. Espinosa nos ofreció la direccion del seminario que se tenia intencion de instalar en el Paraguay si se restablecia la paz entre el Gobierno y la Iglesia. Llegado á Asuncion, el Rdo. Espinosa encontró al presidente del todo dispuesto á favorecer la fundacion del seminario, lo mismo que las obras de las Hermanas de la Caridad; escribíome para participarme estas disposiciones, y me reiteró su propuesta. Entonces fué cuando pedí la autorizacion.

Pero las negociaciones marcharon lentamente, y avanzando la Cuaresma, el Rdo. Espinosa me rogó fuése á ayudarle con mano firme en el púlpito y el confesonario. Partí con el Rdo. Montagne; pero como obstáculos independientes de nuestra voluntad no nos permitieron llegar antes de Semana Santa, nuestra predicacion se redujo á un sermon cada uno, bien que ambos oimos muchas confesiones. A éstas creíamos se limitaria nuestra faena por el retraso del viaje; no obstante, nos equivocamos: el periódico de la localidad habia anunciado que yo predicaria el sermon del Mandato y el reverendo Montagne sobre la institucion de la Eucaristía. Preciso fué realizarlo. Yo jamás habia oido sermon alguno sobre el Mandato, lo cual no impidió que saliese del apuro y que la gente me entendiese bien, pues corre la voz de que hablé muy fuerte contra la francmasonería, sobre la que, seamos francos, no dije una palabra.

Llegámos muy á tiempo, porque la faena era ruda. Dos dias enteros tuvimos que pasar en el confesonario para reconciliar estas pobres almas y disponerlas á cumplir el precepto pascual. No bien habiamos entrado en la iglesia, cuando nos veimos rodeados de personas que nos decian con tono suplicante que renunció á describir:

—Padre, ¿te vas á sentar? (es decir, ¿vas al confesonario?)

Despues de tres ó cuatro horas tuve necesidad de tomar aire, y me levanté para ir á respirar un poco; pero me sentí detenido y oí á varias mujeres que me tiraban de la sotana á fin de privarme de salir.

—¡No te vayas, Padre! decian, temiendo que ya no volviese para oirlas.

¡Qué fe tan viva y qué sencillez tan admirable!

Cumplimos las ceremonias de Semana Santa con toda

la pompa posible. Cada uno de nosotros se esforzó en entonar á más y mejor los divinos cánticos de tales dias.

Una fe tan sencilla, tan viva, tan ardiente no puede permanecer oculta en los estrechos pliegues del corazon; tiene necesidad de ensancharse, de traducirse en actos exteriores. La Semana Santa es el tiempo más favorable á este desahogo, á esta manifestacion que revisite formas las más tiernas y variadas. Nosotros fuimos testigos de una série de escenas conmovedoras que ponen de relieve los sentimientos religiosos de estas buenas gentes. Tal es en primer lugar la ceremonia del domingo de Ramos. Desde la vispera, la muchedumbre precedida de una música se dirige á la casa de la persona encargada de cuidar el asno que debe montar el Señor en su entrada triunfal. Aquí la música desempeña gran papel en las ceremonias religiosas. La orquesta se compone por lo comun de un clarinete, un violin y otro instrumento; los dias de gran solemnidad se añade un tambor. Hablo de la música de iglesia; la música militar está bien organizada. Esta orquesta, que acompaña al canto, repite constantemente tres ó cuatro estribillos musicales que constituyen todo su repertorio. Júzguese el extraño efecto que debe producir esta sinfonía los primeros dias que se oye; mas poco á poco se acostumbra uno y concluye por descubrir en ella un sello religioso que estaba muy léjos de sospechar.

Volvamos á nuestro asno. Así que la gente ha llegado á la casa que lo cuidan, acaban de limpiarlo, si es preciso; le ponen los arreos de plata, y el Señor lo monta. Entonces la música da la señal, la multitud se agita y se traslada á la catedral al ruido de mil cohetes y petardos que reemplazan el «¡Hosanna al Hijo de David!» Los acompañantes colocan al Señor y á su cabalgadura en el lugar dispuesto, rézanse las oraciones de costumbre y todos se retiran. El dia siguiente á la hora anunciada empieza la procesion; el Señor monta en su jumento; da la vuelta al rededor de la catedral, deteniéndose en la puerta principal, que halla cerrada: esta puerta se abre al *Attollite portas*, y el Salvador entra en medio de las aclamaciones de la multitud.

Segun acaban de referirme hace un momento, este mismo año se suscitó una diferencia entre la autoridad superior y el juez de paz de una parroquia de la campiña con motivo de esta procesion. El uno decia que debia marcharse aprisa, el otro despacio: la discusion iba á degenerar en disputa, cuando el Párroco la cortó felizmente, diciendo:

—Señores, pues conducís un borrico, hay que andar á su paso, á *paso de burro*.

A lo que contestaron todos:

—El señor Cura tiene razon.

Las demás ceremonias tuvieron lugar con el mismo entusiasmo, con igual explosion de sentimientos cristianos. La del Viernes, llamada el entierro de Cristo, merece especial mencion. Empiezan por la traslacion del Cuerpo. Al anochecer el clero, en hábitos de coro, con incensario y aspersiones, se traslada á la casa en que se halla el santo Cuerpo exánime, depositado en un féretro ricamente guarnecido. El inmenso número de blandones que brillan en el seno de las tinieblas dan á la ceremonia un aspecto encantador. Cuando todo está dispuesto, la procesion se pone en marcha. Abre el cortejo

la música, siguen las plañideras, el féretro, el clero y la multitud. La marcha es lenta y se paran con frecuencia.

A cada descanso la música toca un aire fúnebre, el celebrante hace el *asperges* e incienso el féretro. Las plañideras hieren el aire con gritos desgarradores de dolor que parten el corazón. Esta escena se repite muy á menudo, lo cual explica que se necesiten más de dos horas para recorrer una distancia de menos de un kilómetro. El Cuerpo es depositado detrás del altar mayor; se hace entonces la última ceremonia del día, y en seguida pasan á devolver el Cuerpo, siguiendo el mismo ceremonial, á la casa de donde ha salido.

El Sábado los Oficios se hacen como en todas partes. Yo canté la misa teniendo al Rdo. Montagne por diácono, y por subdiácono á un jóven sacerdote español. La

música militar tocó los más bellos trozos de su repertorio; todo iba á más y mejor, y habíamos hecho propósito de felicitarla, cuando nos encaja la famosa *Marseillesa*. Figúrese el lector si el recuerdo del *sang impur* me permitiría acabar el Evangelio de san Juan sin distracción.

El día de Pascua se verificó la procesion llamada *del encuentro*. La misa de Resurreccion se dijo á las cuatro en medio de una afluencia increíble. Despues de la misa se organizó la procesion. Abria la marcha una imagen de María llevada por vírgenes vestidas de blanco, y la cerraba el cortejo del Santísimo Sacramento, que tenia en manos el celebrante. La procesion se dividió en la puerta principal de la Basilica: la santísima Virgen fué por un lado, y por otro el Salvador, con el pensa-



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.—Vista de Akita por la parte oriental. (Pág. 133).

miento de volverse á ver. Cada fraccion recorrió el trayecto que le estaba señalado, y las dos se volvieron á juntar en el lugar convenido. Entonces se verificó el encuentro. Nuestra Señora se inclinó ante el Santísimo Sacramento, hizole las reverencias acostumbradas, manifestándole su alegría de volverle á ver; el Señor la devolvió los saludos, y el pueblo regresó á la catedral para asistir á la exposicion solemne del Santísimo Sacramento, que dió fin á las conmovedoras ceremonias de la Semana Santa.

El domingo de Pascua, dia de regocijo para todos los creyentes, lo es más aún para el sacerdote que ve sus trabajos coronados de buen éxito, y puede recoger el fruto de sus fatigas. Este consuelo nos lo dispensó el Señor á manos llenas. Sí, en Asuncion tuvimos la

alegría de ver como Jesús alcanzaba un triunfo más difícil que cuando venció á la muerte: ¡acababa de triunfar de muchos corazones!

Despues de haber cantado el *Alleluia*, hicimos las visitas de costumbre en la América del Sud, primero al presidente, despues á los ministros, á algunos senadores y á las familias más notables del país. La acogida que en todas partes se nos hizo nos confirmó en la idea que ya teniamos de los sentimientos cristianos del pueblo paraguayo. ¡Qué respeto al sacerdote! ¡Qué fe tan comunicativa! Quien conozca la América del Sud no podrá menos de rendir conmigo un justo tributo de admiración á los españoles por haber dotado de instituciones duraderas á los países conquistados por sus armas é implantado en ellos la fe cristiana de una manera pro-

digiosa. Asuncion está cubierta de ruinas, cada piedra de las cuales es un testimonio de esta verdad. Las iglesias, las capillas, las casas religiosas de que está sembrada, las piadosas costumbres tradicionales que han pasado de generacion en generacion; todo, en una palabra, proclama lo que ha sido el pueblo paraguayo y lo que volvería á ser fácilmente si hubiera sacerdotes para instruirlo y reparar las brechas abiertas por la ignorancia y la crudeza de los tiempos.

En vano se buscaría el sitio donde se levantaba el convento de la Merced, convertido en plaza del mercado, si unos cuantos ladrillos solamente no indicasen los cimientos de la torre de la iglesia. El de los Franciscanos, que ocupaba un espacio de 40,000 metros cuadrados, casi ha desaparecido por completo; y sólo quedan algunas celdas que se van desmoronando. Los restos del colegio de los Jesuitas han sido transformados en cuartel, y del antiguo convento de Dominicos únicamente se conserva en pié la iglesia de la Encarnacion con algunas palmeras plantadas por mano de los reverendos Padres. El dictador llamado Francia, muerto en 1840, expulsó á todas estas Órdenes y confiscó sus bienes. Á la sana doctrina y á la moral sin tacha del Evangelio, que castigaba en la persona de sus ministros, sustituyó la impiedad é inmoralidades más patentes. Irrogándose las facultades de pontífice supremo del Paraguay, ejerció sobre las conciencias una tiranía sin ejemplo, dictando leyes como las siguientes: prohibicion bajo pena de encarcelamiento de arrodillarse en las calles para recibir la bendicion episcopal; prohibicion de tocar las campanas á la llegada del obispo en las iglesias de la diócesis, como igualmente á la partida; prohibicion á los extranjeros de casarse en el país, á los militares de casarse durante el servicio, á los negros de enlazarse con las blancas y recíprocamente; con el bien entendido que si algunas familias principales del país le hacian sombra, publicaba un edicto declarándolas *negras* y perpétuamente inhábiles para contraer matrimonio.

Su memoria es execrable; pero fácil es hacerse cargo de las ruinas morales que ha debido acumular sobre el país un régimen semejante; tanto que ni sombra de fe subsistiría á no haber echado en los corazones tan hondas raíces.

Para descansar de nuestras fatigas y prepararnos á la Mision que debíamos celebrar la semana siguiente en Villa Rica, visitamos las iglesias de Lambaré (del nombre del cacique que batió á los españoles en este sitio), de la Recoleta y de la Trinidad. Esta última es la única que ofrece algun interés bajo el punto de vista arquitectónico.

Hacíamos nuestros preparativos de marcha para Villa Rica, cuando un crimen que imprimirá una mancha indeleble á la historia del Paraguay hizo fracasar nuestro proyecto de Mision. Se han cometido tantos homicidios y ejercido tantas venganzas bajo el velo de un proceso legal; son tantas las personas que han secundado á Lopez en sus obras sanguinarias, que uno de los tristes resultados de esta lucha fratricida ha sido sembrar la division y el rencor entre las familias del país. Estos odios recíprocos se han traducido por una série de asesinatos que no parece aún tocar á su fin. El 12 de Abril de 1877 Juan B. Gill, presidente de la República, caía asesinado en medio de la calle, á las diez de la mañana;

dos balas le habian atravesado el corazon. Los asesinos huyeron gritando: «¡Ha muerto el tirano! ¡á las armas, paraguayanos! ¡viva la libertad!...» Topando en el camino con el hermano de la víctima, Emilio Gill, lo mataron asimismo sin piedad. Habíamos ido á consolar á la familia del difunto, cuando trajeron el cadáver literalmente cubierto de heridas; era un espectáculo horrible. Uno de los asesinos, jóven de diez y ocho años, habia pedido el honor de asestarle el primer golpe, y cuando el infeliz hubo espirado, le cortó una oreja, que mostró á todos cuantos encontraba, diciendo: «¡Ved ahí la oreja de aquel que firmó la muerte de mi padre!» Era una venganza personal.

Hay ocasiones en que tenemos ciertos presentimientos que seria difícil explicar. El 12 de Abril la señora del Presidente no queria dejarle salir, temiendo le sucediera alguna desgracia. Cuando salió, su hija y su hijo pequeño corrieron tras él llorando y diciendo: «Papá, no salgas, que te pasará alguna desgracia.» Volvió á entrar en la casa para tranquilizar á su familia, y salió de nuevo. Tres minutos despues estaba en la eternidad.

Inmediatamente se proclamó el estado de sitio; pasamos ocho días entre dos baterías, y viéndonos obligados á renunciar á nuestra Mision, entrámos otra vez en Buenos-Aires.

Las negociaciones entabladas quedaron suspendidas hasta la llegada del Ilmo. Angelo di Pietro, nombrado por Pio IX, algunos meses antes de morir, Nuncio apostólico cerca las Repúblicas ya nombradas. Con su gran conocimiento de los negocios, su tacto, su prudencia y su bondad S. E. consiguió restablecer la paz, nombrando primero un administrador y luego un obispo paraguayo, condicion *sine qua non* puesta por el Gobierno. Cuando el Ilmo. di Pietro lo hubo preparado todo para la reapertura del seminario cerrado más de quince años atrás, llamó á los hijos de San Vicente para que se encargasen de su direccion. Hé aquí por qué escribo desde la capital del Paraguay.

¡Quiera Dios que nuestra pequeña Compañía se establezca aquí sólidamente y pueda dedicarse, no sólo á la formacion del clero, si que tambien á la obra de las Misiones! ¡Cuánto bien haría! Abundante es la miés y ya madura. *Videte regiones quia albæ sunt jam ad messem!* ¡Ah! ¡Un país más extenso que la Francia y casi enteramente abandonado! ¡Un pueblo lleno de fe y de respeto hácia el ministro del Evangelio, pereciendo por falta de sacerdotes! ¡Tiene hambre del pan de la divina palabra, y nadie se lo reparte! ¡Ávido de beber en la fuente sagrada de los Sacramentos, y nadie se la abre para apagar su sed!

No hay en junto más que veinte y tres sacerdotes del país, incluso el obispo; más de diez están fuera de servicio por enfermedad; todos son de edad avanzada y morirán antes de diez años; de los jóvenes del seminario que acaba de abrirse otra vez no hay esperanza de poder ordenar á ninguno antes de siete ú ocho años por lo menos. ¡Ya pronto no queda uno solo! Rueguen, pues, los católicos al divino Maestro que envíe operarios á esta porcion interesante de su viña, y no se olviden tampoco de pedirle que bendiga y fructifique nuestros pobres trabajos.

VIAJES.

Sabido es que nuestro santísimo Padre Leon XIII dividió últimamente en dos el vastísimo vicariato del Hu-nan, de más de 16 millones de almas, confiando la parte septentrional á los Agustinos españoles de Filipinas, y dejando la parte meridional á los Franciscanos italianos que de antiguo lo misionaban. La Orden Agustiniense, que fué la primera que evangelizó las Filipinas, en las cuales administra hoy 210 pueblos, de 16 provincias, con 2.353,539 almas, fué también la primera que llevó la luz del Evangelio á China, pues el P. Martín Rada, compañero del célebre P. Urdaneta, que por encargo especial del gran Felipe II fué uno de los de la expedición del adelantado Legaspi, y que aportaron á Cebú en 27 de Abril de 1565, donde predicaron el santo Evangelio, viniendo luego á Manila, el P. Rada convirtió á Raja, reyezuelo de aquella capital: á poco, en 1575, pasó á China con el P. Jerónimo Mazin, y allí, después de predicar nuestra sacrosanta religión, escribió, además de varias obras de astronomía y matemáticas, una gramática china; y después de haber dejado instalada la Misión se volvió, de órden de sus Prelados, á Manila, muriendo á poco tiempo, en 1578, cuando iba á Borneo. Las Misiones de Agustinos en China continuaron florecientes muchos años, hasta el 24 de este siglo, en el que, escaseando mucho el personal, aun para cubrir las atenciones más perentorias de las Filipinas, el P. Sequi, después dignísimo arzobispo de Manila, se retiró de China, quedando aquellas Misiones abandonadas. Los trastornos políticos que luego se sucedieron en nuestra patria, y la fiera revolución que á poco, no sólo expulsó á las corporaciones religiosas, sino también asesinó villanamente á muchos de sus hijos, hicieron que se enfriaran mucho las vocaciones religiosas, y llegó día en que apenas podían cubrirse las parroquias de Filipinas; mas no por esto la Provincia del Dulcísimo Nombre de Jesús olvidaba que en China tenía sus glorias, que aquel vasto país había sido regado con la preciosa sangre de sus más queridos hijos, los primeros mártires de aquel dilatadísimo Imperio, y teniendo esto presente rogó á la Santa Sede que le concediera un vicariato. Como hemos dicho, Leon XIII se dignó acceder benignamente, confiando á los Agustinos el de Hu-nan, y allá volaron cual ángeles de paz á llevar la buena nueva los PP. Elías Suarez y Agustín Villanueva á principios del 79, y luego fué nombrado vicario apostólico el P. Nicolás Guadilla, que sin duda, pensando piadosamente, goza ya en el cielo corona inmarcesible de gloria, pues sucumbió el 27 de Agosto de 1880 cerca de Tien-Sin, al rigor de los mil trabajos que como prefecto apostólico sufrió en los distintos viajes que en poco tiempo tuvo que hacer, ya para visitar su vastísimo vicariato, ya por haber tenido que ir dos veces á Pekin por asuntos de la Misión. Véase ahora la relación del viaje del P. Luis Perez, nombrado procurador de aquella Misión: relato interesante, ya por su itinerario, ya por las noticias que da, tanto de los trabajos de los misioneros, cuanto de los usos y costumbres de los chinos:

Hau-Kovo, 21 de Agosto de 1880.

Después de los horribles temblores, de los cuales dos, los mayores, los pasé en San Agustín, otro en Malinte con el P. Baldomero, y el cuarto en el jardín del convento, salí de esa *movible* tierra el martes 27 de Julio en el vapor *Diamante*, que echó dos días y medio hasta Hong-Kong, donde me detuve veinticuatro horas para hacerme dos sotanillas chinas.

Me embarqué el sábado 31 en otro gran vapor inglés, llamado *Priam*, en el cual todo el personal era europeo, y en seis días largos llegamos á Shang-hai con grandísima mar, habiendo tocado en Emuy, que vale bien poco, al menos lo que se ve: montes pelados, sin casi ningún arbusto ni yerba, y luego las súcias aguas de este río, que se introducen en la mar sin mezclarse con las azules de éste; día y medio de vapor á buen paso. Shang-hai se compone de cuatro ciudades con jurisdicción especial: la inglesa con hermosísimas casas, separada de la francesa por un riachuelo, con casas buenas, sí, pero

más feas; y la parte americana. Es Shang-hai más bonita é importante que Hong-Kong en el comercio y en todo; pero todos los europeos no pasan de 2,000 con mujeres y niños. Me hospedé en casa de los Lazaristas franceses, que me han tratado á las mil maravillas. Fuí una tarde acompañado de un Padre francés á ver la ciudad china, separada de las otras por buena muralla de ladrillo: casas bajitas, todas de madera y estilo chinesco; calles estrechísimas y muy súcias; un hedor insostenible, pues todas las casas tienen letrinas públicas, y toda la suciedad de casa la llevan por las tardes en carros descubiertos á las sementeras, infestando la atmósfera con olor propiamente de condenados, que parece lo son toda esta gente. Miedo tuve de andar por allí, pues á más de no poder aguantar el olor, todas las casas, calles y pagodas están plagadas de ídolos de todas clases, representados por multitud de animales, leones, sapos, perros, y qué sé yo qué más, con figuras *sui generis*, pero horribles todas, es decir, figuras de todos los demonios del infierno; así es que se horroriza uno y se necesita pecho para meterse por tales ciudades, que se llamarían con más propiedad infiernos plagados de condenados, con sus demonios, que son los ídolos. Tienen los Jesuitas en esta ciudad tres parroquias, una en la concesión francesa, otra en la americana y otra en la ciudad china, y á dos leguas de ésta la casa matriz con establecimientos de todas clases, cuyos operarios son niños recogidos por ellos, que trabajan con unas ganas y una fe que da envidia. Zapateros, sastres, ebanistas primorosos, dibujantes, pintores magníficos, imprentas varias, etc., etc., etc.; en fin, para decirlo todo, es aquello un mundo pequeño donde están todas las artes á la altura de Europa, pareciendo *renacuajos*, por lo pequeños, muchos de los que trabajan allí. Admira ver aquello con tanto órden, y tan bien arreglado y distribuido. Hay también en este punto Carmelitas francesas, como los misioneros, que educan á las mujeres recogidas: además una casa donde los que vienen de Europa concluyen sus estudios: pero ¿cómo decirle yo todo lo que decirle quisiera, si en lo que llevo dicho he omitido ya la mar de bueno y de malo, y aún me falta tanto como si no hubiera empezado? Mas, aunque tarde algunos días, he de decirle lo que se me vaya ocurriendo, aunque no todo. Continúo, pues, añadiéndole que este país es un vasto cementerio: hay sepulcros en todas partes, pues no los renuevan hasta después de cien años, y entre ellos hay sembrados de arroz, algodón, habichuelas, verduras y árboles frutales; así que los sepulcros ocupan un terreno inmenso, escaseando tanto como escasea éste para tanta multitud de gente; y no hay cercos, ni tapias, sino montones solamente de tierra que separan los sepulcros de las sementeras ó tierras de labor.

Hay en esta población un camarín que es una verdadera pocilga, con una sola puertecita, y es el lugar legalmente destinado para echar los niños y niñas que no quieren sus padres: cierran bien la puerta luego que se llena, sin que haya, por supuesto, castigo ninguno para los que tal hacen. He visto el hospital dirigido por Hermanas de la Caridad. Es muy bueno para estas alturas, y espacioso, con locales ó departamentos para toda clase de personas: allí he visto ingleses, turcos, rusos, alemanes, un tagalo, chinos, etc., etc. Visité al cónsul espa-

ñol, que es muy buena persona, como su señora y suegra, y ésta tiene la casa convertida en un semi-oratorio, y todos ellos deseando vaya por allí un Padre español para confesarse, pues con los franceses no quedan satisfechos por no entenderse bien: les merecí muchas atenciones que no olvidaré jamás. Salí de Shang-hai río arriba en un vapor magnífico llamado *Pekin*, de una Compañía inglesa. El río en muchas partes parece una mar; pero por lo general el vapor va tocando á tierra, ya á un lado, ya á otro, buscando la corriente y la mayor profundidad: el terreno es demasiado bajo y llano, con arrozales asombrosos y todo plagado de casitas muy bajas y muy pequeñas, de mampostería algunas, y las demás de paja de arroz, con una sola puertecita por la que apenas podrá entrar una persona, y en muchas de ellas dentro no se debe caber de pié; en fin, miseria y más miseria. Se encuentran también en el trayecto unas cuatro ó cinco ciudades de tierra y de agua, pues los champanes forman ciudades por su gran número en las orillas del río. Cuatro días con tres noches duró este viaje, llegando á esta de Hau-Kovo la víspera de la Asunción por la tarde. Tenía avisado al P. Guadilla, que me mandó un palanquin por estar lloviendo mucho. Este se halla bueno y robusto; pero Agustín Villanueva está con la piel y los huesos: tanto han padecido Elías y él en la Misión, que el primero vino antes ya sacramentado por un Padre chino, y después de reponerse algo aquí se volvió á la Misión días antes de yo llegar, y ese otro va recobrando ahora poco á poco las fuerzas perdidas, pues había perdido completamente el apetito y pasado calenturas tremendas, sin duda por haber estado, como también el otro, cerca de un mes metidos en champanes, con un calor sofocante, una humedad que pudría hasta los libros y un hedor insoportable, como que hacían sus necesidades en el lugar que comían y dormían, etc.

Hubo ocasión en que los remeros recibieron algunos palos de los paganos, que se empeñaban en ver á los europeos, y lo consiguieron mirándoles en sus barbas de piés á cabeza; pero, según cuenta Agustín, los que más le han hecho padecer han sido los tripulantes de los champanes en que andaban, y más todavía los muchachos cristianos que llevaban, muy amigos de hacer su voluntad, y poniéndose algunas veces de parte de los paganos para no obedecer al Padre. Yo digo que me hubiera muerto diez veces si hubiera pasado lo que ellos, y sólo con oírse lo contar me pongo hasta malo; mas en medio de todo se ve y se palpa que esto es cosa de Dios, el cual ha sostenido á estos dos pobres, aumentándoles cada día el buen espíritu y conservándoles la vida en medio de tantas calamidades y de las contradicciones que estamos sufriendo todavía á *parte extra*, por las cuales ha tenido Guadilla que ir á Pekin, y no es probable que consigamos nada según andan las cosas; pero pondremos por nuestra parte lo que se pueda, y adelante con los faroles, que la contradicción es la mejor señal del arraigo futuro en las Misiones. Rueguen mucho por nosotros á Dios, pues nos resta mucho que padecer para convertir en paraíso este verdadero infierno, que no son chinos estos como los que se ven en Filipinas, tan complacientes y tan humilditos.

Hau-Kovo, á la derecha del río, ciudad chinesca é infernal por el ruido que hacen por las noches con los ba-

tíntines á lo ígorrote, cañonazos, bombas ó versos, y reventadores y trompetas con un sonido tétrico é imponente, naturalmente como sonido ó bramido del demonio, á quien honran con todo esto, no porque le amen, sino porque le temen, está separada por sus murallas de la parte que ocupamos los europeos, que es un terreno como intramuros de Manila. Tiene buenas casas, aunque pocas, y magníficas calles con arbolado. Hay aquí unos 100 europeos, ingleses y rusos la mayor parte, que tienen *bancos* y comercian en *opio*, y en *té* los rusos, que se lo llevan hecho pasta por la Siberia. Tienen aquí los Padres Franciscanos italianos una iglesia y colegio con Hermanas de la Caridad, que recogen niñas y las enseñan todos los oficios femeniles, hilar, tejer, hacer calceta, lavar, bordar, etc. Capilla protestante los ingleses, y los rusos fabrican actualmente iglesia archimandrita. A la izquierda del río, y en frente de esto, está U-chau, capital de esta provincia The-pe, ciudad inmensa, donde tienen el Seminario estos Padres Franciscanos; pero separado siempre de la ciudad. Por las noches esta gente echa un diluvio de farolillos que lleva la corriente del río, para que las almas de los difuntos encuentren las señas de las casas de sus parientes. Aquí, junto á nuestra casa y dentro de los cercos, estos desgraciados ponen candelas encendidas por todos los senderos, y se reúnen á hacer sus oraciones, ó sus gestos, y á observar si ven á las almas: son sirvientes ó empleados de las casas de europeos, que les dejan hacer lo que quieren, por aquello de respetar las costumbres de sus prójimos. Finalmente, tenemos nuestro oratorio en una habitación de la casa, con Santísimo. La casa no es muy grande, y nos cuesta 800 pesos al año de alquiler, y 80 el médico con quien nos hemos igualado, pues por visita cobraba antes cinco y siete pesos. Llevo aquí ocho días, estoy cansado de escribir, y no he empezado á estudiar chino todavía, aunque ya lo parezco por el traje. Repito á todos que rueguen mucho para que salgamos ilesos de este infierno, pues no le puedo llamar de otra manera ni merece otro nombre.

DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.

(Continuacion).

Martes, 21 de Mayo. — A las cinco de la mañana toda la caravana se pone en movimiento. Hombres y caballos llevan su sustento para el día; los primeros su acostumbrado *bento*, pequeña marmita llena de arroz hervido, y los segundos hojas secas, que son su alimento cotidiano. Dejamos á la izquierda el camino de Morioca, y entramos en los senderos que rodean el Iwawachi del Noroeste al Sudoeste, á través de una inmensa planicie inculta. Vamos á contemplar á nuestro gusto la famosa montaña, una de las más célebres del Japon. Vamos rodeando su base, por un terreno poco quebrado y tapizado de plantas, entre las cuales las más graciosas flores ostentan gran variedad de matices: velloritas de todos colores, fresales de flores amarillas, crisócomos ó botones de oro, y otras cien y cien cuyos nombres ignoro.

El Iwawachi, volcan extinguido hace siglos, es una enorme montaña, cónica en sus tres cuartas partes, á la cual va unida por la parte de Occidente una larga cadena de montañas, siendo de notar que, si bien menos al-

tas, conservan la nieve por más tiempo que el Iwawachi. Pero esto se explica fácilmente si se considera que los huracanes lo azotan en todos sentidos y transportan los aludes á parajes abrigados. Únicamente las quebradas y los precipicios que las cortan en línea recta, de la base á la cima, guardan la nieve que los vientos australes han amontonado.

Renunciámos á emprender la ascension, que requiere de seis á siete horas de fatiga, y sólo á partir de Julio puede verificarse sin peligro. Nos limitámos, pues, á contemplarlo de cerca, y á la verdad teníamos que violentarnos para separar de él nuestros ojos. Las laderas son de un rojo metálico, y la lava, que se parece á las escorias del mineral en las fundiciones, cubre el llano á gran distancia. Al presente no es más que un gigante sin vida, pero que, inactivo y todo, impone todavía respeto y hasta diria miedo.

De esta tierra de lava brotan muchos manantiales, uno de los cuales se distingue sobre todos. De una arena de abrasado metal borbota un agua muy cristalina, dando origen á un rio que va á desembocar en la bahía de Sendai. Al nacer es simple torrente; y si se hunde un palo en la arena, al retirarlo levántase en seguida un surtidor. Esta agua, de un sabor metálico bastante pronunciado, es poco grata al paladar; sin embargo, todos nuestros japoneses se hartan de ella por supersticion.

Estos mismos japoneses nos dieron pronto una nueva idea de su industria y capacidad. Durante nuestro viaje hemos notado muchas veces llanos y alturas asolados por vastos incendios, lo cual nos ha hecho creer que se trataba de engrasar el suelo y hacer más frondosa la vegetacion. Ahora pudimos descifrar el enigma. Cuando, al atravesar países inhabitados, desean los japoneses calentarse ó fumar, encienden una hoguera que despues no se cuidan de apagar. Sus pipas, tan pequeñas que con tres ó cuatro aspiraciones las vacian, les han sugerido este fácil expediente para no tener que servirse continuamente del pedernal. A dicho medio han recurrido muchas veces nuestros hombres, dejando en seguida á la brisa el cuidado de propagar la llama ó dejarla morir.

Un fresco manantial se encuentra allí donde el sendero comienza á inclinarse á un llano cubierto de verdor. Despues de un corto descanso continuámos nuestra ruta por una suave pendiente que nos condujo á una gran llanura, en cuyo centro está situado *Sedze-guichi* (1,200 almas), á 2 leguas de los nevados montes unidos al Iwawachi. Una ancha via, por cuyos bordes corren dos riachuelos, atraviesa la ciudad del Este al Oeste. El conjunto es pintoresco.

Miércoles, 22. — Remontando hácia el origen del rio Sedze-guichi, en direccion al Occidente, llégase al cabo de tres horas de camino al lugarejo de *Hatchiba*, al pié de la hoz más áspera que debíamos encontrar, llamada *Cunimi toghé*, y que tiene poco menos de 2,000 metros de elevacion. Llámasele tambien Yamabuchi toghé y Obonai toghé, del nombre de la aldea situada en su base occidental. En uno de los clásicos japoneses he leído que un héroe de los antiguos tiempos, cubriéndose con los vestidos de Yamabuchi, subió hácia las comarcas del Norte é internóse en las montañas. Debió pasar estos desfiladeros, y á él se debe quizá el que se diese á esta garganta el sobrenombre de Yamabuchi toghé.

En la vertiente occidental la escena cambia completamente. Entramos, como lo indica un poste, en la provincia de Akita. Alturas cubiertas de bosques, sembradas á ciertas distancias, van á perderse en el lejano horizonte. Más cerca, al pié de la hoz, el valle de Obonai, de una legua cuadrada de superficie, aparece bañado en las aguas de los arrozales y de los riachuelos. La aldea, con sus casas ocultas entre los árboles, semeja una isla cubierta de verdor en medio de un tranquilo lago. *Obonai* está situado en un verdadero soto, al que se llega por una avenida bordada de pinos, de un kilómetro y medio de longitud. Sus habitantes, cuyo número llega á 350, tan curiosos y benévolos como en los demás puntos de nuestro viaje, tienen una fisonomía más singular que los indígenas de Nambu. Los niños sobre todo son encantadores. A primera vista adviértese que el vicio no ha impreso su fealdad en el rostro de aquellos sencillos aldeanos. Rezando mi Breviario y el Rosario en lugares tan apacibles, suspiré por el día en que el misionero, libre de las trabas que contrarian su accion salvadora, pueda descansar en él de sus fatigas apostólicas.

Jueves, 23. — A pesar de los encantos de Obonai lo abandonamos desde la aurora, dirigiéndonos al Nordeste hácia el lago de Hatchinorata, llamado tambien *Katamura*. El rio que serpentea á la extremidad del valle, al pié de las alturas que dominan el lago, transporta considerable cantidad de madera para combustible. Los japoneses aprovechan en grande escala este fácil medio de transporte. Los árboles de los bosques, derribados, luego aserrados, y arrojados en trozos al rio, vogan rápidamente hácia el lugar de su destino, y abordan en la arena ó en las escolleras construidas para interceptarles el paso.

...Llegamos á una pequeña eminencia contra la cual está adosada la ciudad de *Cacunodaté* (5,400 habitantes). Un tiempo fué campamento de las tropas del príncipe Akita, como lo indican las numerosas casas habitadas por antiguos *herais* (1). A pesar de la reciente prohibicion del Gobierno de Yedo, esos *kerais* caidos se obstinan en conservar sus sables, y preténdese que tal privilegio les ha sido otorgado como recompensa á su adhesion al partido del mikado durante la guerra de 1868.

El cuartel oficial, cruzado por largas avenidas, es verdaderamente notable. Cada habitacion está construida entre árboles, en medio de un jardincito de flores, y cerrado con una artística empalizada. Si todo es bello por este lado, en el opuesto la ciudad mercantil es muy inferior á las ciudades y villorrios que hemos visitado en todo el viaje.

Viernes, 24. — Al medio día, en el momento en que salíamos de *Cacunodaté*, negros nubarrones surcados por relámpagos y el retumbar del trueno nos anunciaron próxima tempestad; y en breve cayó sobre nosotros una lluvia torrencial, calándonos hasta los huesos. La tormenta pareció por un momento desvanecerse en las colinas de los alrededores, los estallidos del trueno hicieron más raros y lejanos, y áun cesó completamente la lluvia; pero al cabo de media hora prosiguió con sin igual violencia, prolongándose hasta la mañana siguiente. Con tales circunstancias llegámos á la hermosa aldea

(1) *Kerai* es el nombre que se daba á los vasallos, servidores y otras personas del séquito de los daimios ó príncipes.

Cariba (560 habitantes), en donde empieza la vasta y rica llanura de Akita, regada por el río que, después de mil rodeos, va á morir en el Oceano occidental.

Sábado, 25.—Pasado Cariba el camino es largo, accidentado á veces, más comunmente llano, y con alameda de pinos. A excepcion de algunos grupos de árboles, la planicie es una série de arrozales, y las aldeas se suceden cada vez más numerosas, por las que pasamos sin detenernos. Divisamos á lo léjos la alta mar, y al cabo de pocas horas entramos en la gran ciudad de Kūbuta, que ha tomado el nombre de *Akita* desde que es cabeza del distrito del Akitaken.

Los árboles que rodean la ciudad la ocultan á la vista, y el viajero llega á sus puertas casi sin advertirlo. Como en Cacunodaté, lo primero que se encuentra es el barrio de los antiguos *herais* del príncipe de Akita. Cada casa tiene su jardincito, con árboles, arbustos y seto cortado. Estas elegantes moradas rodean la ciudad, dándole vistoso aspecto: el barrio de los mercaderes no se divisa desde fuera por estar encerrado en ese círculo de quintas. Tres ó cuatro oficiales municipales nos conducen, por un dédalo de calles bastante largas, hasta la graciosa habitación que se nos destina, en el centro de la ciudad mercantil. Algunos portales de madera son las únicas fortificaciones que separan la ciudad militar de la civil. Los curiosos precipítanse en el patio interior, y cuesta no poco trabajo cerrar la puerta que le da entrada. Un travieso muchacho de doce á trece años, sirviente de la posada, nos dice con gracejo que se encarga de poner en fuga él solo á la gente que se estaciona en el exterior, destruyendo los tabiques para ver á los europeos. En menos tiempo del que empleo en referirlo habia vaciado un cubo de agua sobre la multitud. Una bomba no hubiera producido mayor efecto: los curiosos se dispersaron, y el galopin, satisfecho con tan buen éxito, continuó durante dos días la misma maniobra.

DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANIKÁ.

I.

DE TABORA AL LAGO VICTORIA-NYANZA.

(Continuacion).

Jueves, 27 de Marzo.—Los habitantes de Uaya nos hacen frecuentes visitas, y parecen más industriosos que los unyamuezis. Las pieles con que se cubren han sufrido cierta preparacion que les da alguna elasticidad, no presentándose uno siquiera completamente desnudo. Tienen pipas de tierra roja muy bien confeccionadas, y hemos quedado atónitos al oírles pronunciar como en francés la palabra *tabac*. Para preservarse de la lluvia y del sol fabrican con pequeñas ramas y hojas de banano una especie de capa china. A juzgar por la multitud de sus amuletos deben ser muy supersticiosos; mas aunque los wanguanas concuerdan con los unyamuezis en decir que son malos, la verdad es que no dan pruebas de ello.

El *manangua* nos anuncia que el *mtemi* de Ruma y varios otros jefes, indignados de la conducta de la gente de Muanza para con la tribu pacífica de Usukuma, á la que no cesan de inquietar, van á atacarla de concierto: mañana empezará la guerra.

Viernes, 28.—Algunos hombres de Muanza vienen á sorprender un pueblo vecino. El *manangua* nos suplica le entreguemos un poco de pólvora. Entregámosle, efectivamente, alguna cantidad, y corre á la cabeza de sus soldados para rechazar al enemigo. Tambien los bateleros de Uaya, á tambor batiente, van á tomar parte en el combate. Por la noche regresan los guerreros sin haber causado ni recibido el menor rasguño. Es una verdadera guerra de teatro.

Sábado, 29.—Recibimos la visita de un unyamuezi, que lleva en el brazo una especie de manipulo, hecho de una tirilla de piel de cabra, cortada sobre la espina dorsal desde la cabeza hasta la cola inclusive. Pregúntole por qué lleva este ornamento, y me responde que ha muerto un hombre en la guerra, y que como es una cosa mala matar á su semejante, ha debido hacer una *daua*. Este remedio supersticioso ha consistido en inmolrar una cabra, comer su carne y hacer de su piel el manipulo de que he hablado.

Martes, 1 de Abril.—Los PP. Barbot y Girault admiran á los barqueros de Uaya encendiendo sus pipas por medio de un lente y mostrándoles el interior de sus relojes.

Viendo que los hombres de Uaya se nutren de bananas verdes cocidas con carne, probamos este alimento, y lo encontramos bueno. Las bananas así preparadas tienen, en efecto, bastante buen gusto y se digieren fácilmente; y son por cierto preferibles á las patatas, á la yuca y á la galleta de *mutuma*.

Por la noche el tiempo se vuelve tempestuoso.

Miércoles, 2.—Un hombre del Uganda, llegado en las barcas de Uaya, nos dice que Mtesa hace la guerra en varios puntos. Esta es tal vez la causa del retardo de nuestros *mitumbis*, que aguardamos con la más viva inquietud.

El tiempo continúa amenazador.

Jueves, 3.—Durante la noche estalla una violenta tempestad.

Mientras que muge el huracan, amenazando derribarlo todo, los tambores se esfuerzan, con sus estrepitosos redobles, en conjurar la tormenta.

Por la mañana abonanza el tiempo.

Los árabes que deben dirigirse al Karagué parten en los dos *mitumbis* venidos de Uaya, quedando aquí sólo tres hombres de la caravana, los cuales deben ir al Uganda en los barcos que vendrán á buscarnos.

La guerra contra Muanza prosigue con encarnizamiento, quedando los aliados victoriosos en toda la línea. Gran número de pueblos han sido presa de las llamas, se han arrebatado los rebaños de bueyes, y el suelo ha quedado sembrado de cadáveres de los enemigos. Estas noticias nos son transmitidas por dos guerreros de Sukuma, que habiendo tenido la suerte de hacer morder el polvo á muchos enemigos, vienen aquí á recibir los honores del triunfo. El júbilo es extraordinario. Tráense todos los tambores, grandes y chicos, y los negros los baten á golpes redoblados, haciendo un ruido que imita bastante bien el de un escuadron de caballería galopando sobre tablas. Los dos vencedores saltan y gesticulan con sus armas. Todo el mundo está en pié: hombres, mujeres y niños rodean á porfía los tambores y ejecutan una caprichosa danza. El *manangua* y su mujer

toman parte en la fiesta. Esta última abre un frasco de manteca y la vierte á manos llenas sobre las espaldas de los vencedores, y luego, no cabiendo en sí de gozo, olvida la gravedad que conviene á la esposa del jefe del lugar, cúbrese la cabeza con un gorro encarnado y mézclase con la multitud de los danzantes. Esta ruidosa zambra dura más de dos horas, y despues los guerreros descansan á la sombra de sus laureles.

Viernes, 4.—Tenemos otro huracan durante la noche, y los tambores se esfuerzan por apaciguarlo. Por la mañana preguntamos al *manangua* por qué han batido los tambores, y nos responde: *Daua ia bacidi* (este es el remedio contra la tempestad). ¡Pobres gentes!

Hacemos reparar el techo de nuestra morada.

El jefe del lugar ha regalado un buey á los guerreros vencedores, quienes se hartan de carne.

Sábado, 5.—El *manangua* viene á decirnos que va á emprender un viaje de algunos dias, y nos pide perlas para que pueda comprar víveres durante el camino: nosotros se las rehusamos, alegando que nos quedan muy pocas. Me constituye jefe del lugar durante su ausencia, encargándome que dirima las querellas que pudieran surgir.

Jueves Santo, 10.—Violento huracan durante la noche. Por la mañana, antes de apuntar el dia, celebramos una misa rezada. Nos transportamos en espíritu á las iglesias de nuestra querida patria para asistir á las conmovedoras ceremonias que en ella se celebran: nos unimos de lejos, en particular, á nuestros hermanos de la Casa-Cuadrada. ¡Cuán felices son en cantar las alabanzas del Señor en la capilla del seminario, en prosternarse ante el altar, magníficamente adornado, en el que Jesús descansa y desde el cual se complace en derramar sobre las almas tan suaves consuelos! Estos recuerdos reaniman nuestro valor, y hacen ligeras las contradicciones con que el Señor se digna probarnos.

Viernes Santo, 11.—Los notables del lugar, que se designan aquí con el nombre de *niamparas*, se reúnen ante la cabaña del *manangua* y le piden dé una esposa á su hijo Fefu, que regresa del Uganda. Este es reputado por haber adquirido, como todos los viajeros, mucho ingenio recorriendo el mundo. Así es objeto de la admiración general, especialmente cuando, revestido con las ropas que se le han regalado en el reino de Mtesa, se pasea ufano por el pueblo.

El *manangua* declara que accede á los deseos manifestados por sus consejeros, y que va á buscar á Fefu una mujer digna de él. Al momento se llevan grandes pucheros de *ugari* (papillas de *mutoma*) á los *niamparas*, quienes los vacian en un abrir y cerrar de ojos. Cada uno preséntase en seguida ante la mujer del *manangua*, la cual derrama sobre sus cabezas una cucharada de manteca, lanzando un estridente grito: ¡*Hububu!* No he podido saber á punto fijo lo que semejante ceremonia significa: tal vez indique que está decidido el matrimonio.

Hace algunos dias que por la mañana sopla el viento Oeste con violencia. El lago está muy agitado hasta las nueve, y por la noche abonanza el tiempo.

Sábado Santo, 12.—El P. Barbot confecciona una sarta de perlas variadas, con intento de regalarla al *manangua* con ocasion del casamiento de Fefu. Esta sarta, reunion simétrica de perlas de todas formas, ta-

maños y colores, sólo puede complacer á un negro, que se apasiona por todo lo que brilla. Así es que apenas la ha visto el *manangua* ha quedado absorto de admiración, y manifiesta vivos deseos de poseer el precioso objeto. Nosotros se lo hacemos esperar largo tiempo, á fin de que tenga en más estima un presente que en realidad tiene poco valor. El P. Barbot se lo cuelga por fin al cuello, y le presenta un espejo para que pueda juzgar del efecto. Queda entusiasmado, y se contempla y admira casi un cuarto de hora. Luego habla de Francia, en donde se fabrican tan bellas perlas, y de su ardiente deseo de que Fefu visite tan rico país. Nos pide que lo admitamos en nuestra compañía cuando regresemos á Francia, y como le manifestamos que allí hace tanto frio que su hijo no podría soportarlo, responde:

—Un dia ú otro Fefu tiene que morir, y nada importa que sea en este ó aquel lugar.

Fefu irá, pues, á Francia.

Domingo de Pascua, 13.—¡Qué hermosa fiesta, y cuán felices seríamos en poder solemnizarla con alguna pompa! Mas ¡ay! no ha lucido aún el dia de la resurrección para los pueblos que nos rodean, y nos vemos obligados á ocultarnos al celebrar los santos misterios, por temor de exponerlos á alguna profanación. El año último nos encontrábamos en el puerto de Marsella á bordo del *Yang-tsé*, y aquel mismo dia habíamos tenido la dicha de celebrar la santa Misa en el santuario de Nuestra Señora de la Guardia! Hoy tenemos que tributar grandes acciones de gracias á esta buena Madre, que nos ha guardado en nuestro largo viaje. ¡Dignese alcanzarnos pronto su término!

No se diría sino que la costumbre de los huevos de Pascua existe también aquí, pues muy temprano nos los traen en gran cantidad.

Lunes, 14.—El tiempo es magnífico, aunque el viento Este sopla con alguna violencia.

En nuestros paseos por las orillas del Nyanza vemos á veces cocodrilos que se calientan al sol sobre las rocas de granito que surgen de las aguas. Sin embargo, no son tan terribles como pudiera creerse. Todos los dias se bañan los negros en el lago, sin que uno siquiera haya sido devorado.

Martes, 15.—A intervalos reinan á orillas del Nyanza golpes de viento de extraordinaria violencia, y aunque son pasajeros ocasionan gran daño á las cosechas de *mutoma*, cuyos tallos esparcen por el suelo.

Miércoles, 16.—A propósito de las bodas de Fefu pedimos á su padre algunos detalles acerca el casamiento de los unyamuezis, quien nos declara que no se compra á las mujeres. El padre del pretendiente hace simplemente al padre de la jóven un regalo de bueyes proporcionado á su fortuna: si es rico, suele dar hasta veinte, y si pobre, sólo da cinco ó seis. El jóven va á casa de su novia, en la que permanece varios dias entre regocijos, y luego la conduce á su pueblo, en donde tiene lugar una segunda fiesta. También existe la costumbre de que el padre del recién casado ofrezca varios regalitos á su nuera: brazaletes, perlas, telas, etc.

Sábado, 19.—Se nos anuncia el próximo regreso de Ismaili Bruchi, que partió el 21 de Febrero último, al frente de una pequeña caravana, para el Unyanyembé.

Domingo, 20.—Hacia la una los hombres de Ismaili

anuncian su aproximación con numerosas descargas de fusil. Poco después recibimos la visita del jefe de la caravana. Nos apresuramos á preguntarle si tiene cartas para nosotros, y nos responde negativamente. En seguida nos da noticias del Unyanyembé, y nos participa que hay actualmente en esa región tres europeos, que suponemos serán los Sres. Broyon, Gambier y Dutrieux. Estos viajeros, á lo que parece, habrían roto con Mirambo, y se refugiarían entre los árabes. Preguntámosle también si nuestros hermanos de Ujiji han tenido feliz viaje, y nos cabe la satisfacción de saber que han llegado á buen puerto.

En esto entra un negro de la caravana, que nos entrega una carta escrita en francés, en nombre de Abdallah-ben-Nassib, gobernador del Unyanyembé. El *Wali* nos informa que ha cogido vestidos preciosos, robados por uno de nuestros soldados, y que el culpable ha sido, por sus órdenes, cargado de cadenas y entregado al sultán de Zanzibar. El portador de la carta debe restituírnos dichos vestidos. Experimentamos suma satisfacción al recuperarlos, pues nos son tanto más preciosos cuanto nos los entregó el ilustrísimo señor Arzobispo de Argel para ser ofrecidos en presente al rey del Uganda.

Nueva y gratísima sorpresa: preséntasenos otro negro entregándonos un voluminoso paquete de cartas y periódicos que el Sr. Broyon le ha encargado para nosotros. Añade que es enviado por los ingleses, y que viene con seis compañeros de viaje á traer diversos mensajes para el Uganda.

Despedimos á todos los visitantes, encargándoles vuelvan más tarde, y luego nos apresuramos á romper las fajas y sobres de nuestros paquetes.

Hace más de un año que viajamos, y esta es la primera vez que recibimos cartas. ¡Con qué placer las devoramos! Cartas del ilustrísimo Arzobispo... de nuestro reverendísimo Padre Superior general... de nuestros compañeros... de nuestros parientes!... Las noticias son excelentes: todos aquellos á quienes amamos siguen bien: Dios continúa derramando sus bendiciones sobre nuestra pequeña sociedad! Olvidamos un instante que todo esto ha sido escrito hace ya algunos meses, y que después han sucedido quizá terribles acontecimientos.

En nuestro paquete cuéntase gran número de cartas dirigidas á nuestros compañeros de Ujiji, lo que nos hace temer que algunas de nuestras correspondencias hayan tomado el camino de Tanganika. Sin pérdida de tiempo buscamos algunos hombres á quienes podamos confiar las de los Padres de Ujiji; pero nos es imposible encontrarlos, y probablemente será preciso esperar la partida de los correos de los ingleses. ¿Cuándo llegarán á su destino? Sólo Dios lo sabe.

CRÓNICA.

Inglaterra y Escocia.—Segun estadística que publica el *Catholic Directory*, comparando el estado de la Iglesia católica en Inglaterra al comenzar este año con el de 1880, cuéntanse actualmente en la Gran Bretaña y en el país de Gales 1,175 iglesias y 1,962 sacerdotes. A principios del año anterior habían 1,158 iglesias y 1,929 sacerdotes.

En Escocia las iglesias han aumentado de 8, y los sacerdotes de 15.

En la Gran Bretaña hay 17 arzobispos y obispos; en Escocia, 2 arzobispos y 4 obispos.

En cuanto á las Congregaciones de hombres, no cuentan menos de 134 casas. La Compañía de Jesús y la Orden Benedictina son las sociedades religiosas que tienen mayor número de miembros en Inglaterra. Frecuentan las escuelas católicas 204,752 niños.

Aunque el número de sacerdotes se haya duplicado en el espacio de 30 años, es todavía insuficiente en comparación de la cifra que alcanza la población católica. El restablecimiento de la jerarquía, multiplicando los centros de acción religiosa y desarrollando los recursos de la Iglesia, ha procurado directamente muchas conversiones. La influencia de los seculares convertidos, la literatura católica, el movimiento religioso entre las sectas, el espíritu del libre exámen, las consecuencias y el poco fundamento del protestantismo, la propagación de las doctrinas romanas por los ritualistas, han contribuido á este resultado de una manera extraordinaria. El *Tablet* hace notar que este último grupo de protestantes están á mas de medio camino de Roma. «El ritualismo, dice, está haciendo la más poderosa propaganda católica que Inglaterra ha visto. Los resultados pueden no ser inmediatos; pueden ser retenidos en el error muchos que lógicamente deberían entrar en la Iglesia, pero la probidad del carácter inglés y la gracia todopoderosa de Dios les empujarán hasta el fin.»

—El cardenal Manning ha protestado desde Londres contra el proyecto de ley del Gobierno francés imponiendo el servicio militar á los alumnos del seminario de las Misiones extranjeras de París. «Si ese proyecto es aprobado, dice el sábio Cardenal, será la destrucción de la más noble sociedad de misioneros que existe hoy en el mundo. En otro tiempo Francia hubiera considerado como un agravio semejante proyecto.»

—La comunidad de religiosas Benedictinas, cuya abadía, hoy en Teignmuth, representa nuestro grabado de la pág. 137, fué fundada en Dunkerque en 1662, cuya ciudad pertenecía entonces á Inglaterra. Componíase de doce religiosas inglesas del monasterio de Benedictinas de Gante, cuya abadesa, María Knatchbull, se distinguía por su energía y por su filial confianza en la Providencia. Su Comunidad era tan numerosa, que esta era la segunda colonia que en el espacio de diez años salía de allí. La primera se había establecido en Pontoise, cerca de París.

La conversión de Inglaterra era el principal deseo de que estaba animada la abadesa María; y tan pronto como Dunkerque formó parte de las posesiones inglesas, alimentó la esperanza de que esta ciudad sería la puerta por donde las Benedictinas volverían á Inglaterra para trabajar en la restauración católica de la madre patria.

La abadesa, acompañada de cuatro religiosas y de su capellan el reverendo Gerard, dirigióse á Dunkerque en Mayo de 1662. Después de haber comprado una casa y terrenos en las afueras de la ciudad, volvióse á su convento, de donde envió á la nueva abadía otras ocho religiosas.

La primera superiora de la nueva Comunidad fué María Caryll de Harting, que aunque jóven se había captado la confianza de todas sus compañeras por su gran piedad y dulzura de carácter. La Comunidad aumentó tan rápidamente bajo su dirección, que pronto contó 95 religiosas. Gracias á las donaciones de su padre, de su tío lord Petre y de otros bienhechores, pudo construir una iglesia y ensanchar el convento. Tenía particular devoción á san Francisco Javier, y por su intercesión obtuvo la curación completa é instantánea de una terrible enfermedad que los médicos habían declarado incurable. Murió en 1712 á la edad de 86 años.

Durante 130 años las Benedictinas de Dunkerque sirvieron á Dios en paz. Cada semana dos de ellas pedían con oraciones y Comuniones especiales el regreso de su patria á la verdadera fe. Pero vino la revolución francesa, y en 13 de Octubre de 1793 fué invadido repentinamente el convento y las religiosas conducidas entre dos filas de soldados al convento de Clarisas de la ciudad. El día 17 fueron todas embarcadas bajo la custodia de 50 guardias y conducidas al convento de Clarisas de Gravelinas, en donde las tres Comunidades tuvieron que sufrir grandes privaciones durante año y medio, sin más alimento que harina mezclada con agua. Once de ellas murieron, y otras muchas estaban gravemente enfermas, cuando se les permitió volver á Inglaterra.

Las Benedictinas, en número solamente de 25, llegaron á Londres el 3 de Mayo de 1795, y poco después obtuvieron se les concediera el antiguo convento que existía en uno de los arrabales (*Cupola House, Hammersmith*) (1). Este convento había sido fundado bajo la protección de Catalina de Portugal, la piadosa mujer de Carlos II, y había

(1) Después de la partida de las Benedictinas este convento fué convertido en seminario de la diócesis de Westminster.

sido la primera casa religiosa establecida en Inglaterra despues de la apostasia de este reino. Durante la revolucion francesa quedaban sólo en Hammersmith tres religiosas ancianas que, llenas de alegría viendo que su casa, aunque bajo diversa Regla, conservaria su carácter monástico, acogieron gustosas á la Comunidad de Dunkerque. Allí, pues, se establecieron las Benedictinas, entregándose como en otro tiempo á la educacion de la niñez, y por espacio de muchos años fué su escuela la única católica que habia en la metrópoli.

Con el tiempo instituyéronse otras Congregaciones religiosas dedicadas á la enseñanza y á la vida activa, y las Benedictinas entrevieron la posibilidad de abandonar su ministerio de educacion para consagrarse á la vida contemplativa por medio de la adoracion perpetua de Jesucristo en el santísimo Sacramento.

Justamente en dicha época una persona generosa les ofreció en la costa del Devonshire un sitio magnifico y muy á propósito por lo retirado, y allí construyeron la abadía de Santa Escolástica. (Pág. 137). Elévase en la pendiente de una colina, en donde se descubre una gran extension de tierra y mar, la villa de Teignmuth, y más léjos la hermosa bahia de Babbicombe. Las Benedictinas tomaron posesion de su nuevo monasterio el 8 de Setiembre de 1863, y su iglesia fué solemnemente consagrada, bajo la advocacion de la Inmaculada Concepcion, el 29 de Setiembre de 1864, por el Ilmo. Guillermo Vaughan, obispo de Plymuth.

Irlanda.— El decano de los obispos del mundo entero, Ilmo. Mac-Hale, arzobispo de Tuam, cuyo nombre es tan popular en Irlanda, ha entrado en el 91.º año de su edad. Los periódicos irlandeses anuncian con gozo filial que el venerable Prelado pudo celebrar en 25 de Diciembre último, como en 1814, las tres misas tradicionales sin dejar el altar. Ha sido la 67.ª vez que el agosto anciano ha podido ofrecer el santo Sacrificio el día de Navidad. El Ilmo. Mac-Hale nació á principios de 1791; fué consagrado obispo en 1825 y preconizado arzobispo en 1834.

Constantinopla.—Segun noticias recientes, el Ilmo. Vicente Vannutelli, delegado apostólico, y el Sinodo armenio católico, se ocupan con incansable celo en volver á la sumision los pocos obispos y eclesiásticos que, con cierto número de seglares, permanecen todavía unidos al neo-cisma; y segun todas las probabilidades sus esfuerzos serán coronados por feliz éxito. Ya dos obispos, los únicos que aún no se habian sometido á la Santa Sede, han firmado las actas pedidas, y otro tanto han hecho los monjes armenios y los clérigos descarriados, exceptuados solamente tres ó cuatro. Como el Papa se ha reservado exclusivamente el juicio de esos obispos y monjes, las actas firmadas por ellos han debido enviarse á Roma y se espera el veredicto definitivo. Una vez este grupo haya vuelto á la obediencia, el resto, reducido á algunas personalidades, no podrá sostenerse largo tiempo.

El episcopado armenio católico tiene hoy una tarea muy importante que cumplir, tal es la de ocuparse de un modo especial en la conversion de la Armenia. De numerosas poblaciones de armenios gregorianos llegan mensajes en los que piden se les reciba en el seno de la Iglesia católica. Parecido movimiento se produce tambien en las numerosas comunidades de Constantinopla.

Armenia.— Continúan llegando predicantes de las Sociedades bíblicas, quienes se dirigen á diversas partes de la Turquía asiática, llevando multitud de cajas llenas de Biblias traducidas en diversas lenguas, y provistos de abundantes recursos para sostener la propaganda protestante.

Uno de los últimos correos llegado del Oeste de Malatia anunciaba el incendio de la iglesia de Husni-Mansur, á consecuencia del cual 80 familias recién convertidas han quedado privadas de las ceremonias del culto, á las cuales asistian con piedad digna de los cristianos de los primeros siglos. El arzobispo de Malatia no puede por su extrema pobreza reconstruir dicha iglesia, y en tan dolorosa circunstancia confia que los católicos del Occidente acudirán una vez más en ayuda de sus hermanos del Oriente.

Jerusalen.— De una carta de nuestro compatriota el Rdo. P. Francisco Argote, religioso franciscano, extractamos los siguientes párrafos relativos al modo como se celebra en Belen la fiesta de los Santos Reyes:

«El día 4, acompañado de otro religioso italiano, montamos á caballo, y á pesar del temporal y del mal estado de los caminos, en menos de una hora llegamos felizmente á Belen.

«En el trayecto encontramos la Comunidad de San Juan, compues-

ta de veinte religiosos, con el pequeño colegio de jóvenes que estudian la gramática latina para tomar el estado eclesiástico.

«El día 5 por la mañana llegó nuestro superior general P. Gaudencio de Matelica, acompañado del P. Manuel Pascual, procurador general de Tierra Santa, de gran número de religiosos y de un gentío inmenso.

«Al dar vista á las primeras casas de Belen, desde el convento principié el disparo de los cohetes que tenia preparados, y los veinte cañoncitos de que disponia retumbaban en toda la villa de Belen, en tanto que el entusiasmo crecia y los corazones se llenaban de júbilo y alborozo.

«Yo, como un artillero, no cesé de disparar hasta que llegaron á la puerta de la Basilica, en cuyo punto fueron recibidos por la Comunidad, compuesta de más de ochenta religiosos. Acto seguido se entonó el *Te Deum*, y una vez dentro de la iglesia tuvimos el besamanos, retirándose todos hasta la hora de *Vísperas*, en que celebró de pontifical nuestro reverendo Padre Custodio. Despues de los *Maitines* finalizó la funcion con una letania cantada por 400 voces, entonándose luego el *Tantum ergo*, y siguiendo despues la solemne reserva de Jesús sacramentado.

«El día de Reyes todos los religiosos asistimos á la Comunión general, y una infinidad de personas católicas del pueblo se acercaron á la Mesa eucarística en la cueva de Belen, en donde se celebraron misas desde las tres de la mañana hasta las dos de la tarde. Como el sitio es reducido, en todas las misas habia Comuniones, siendo grande la emocion que embargaba los ánimos de aquellos buenos católicos.

«A las ocho de la mañana las campanas anunciaron el canto de *Tercia*, y entonces á los nuevos disparos de los veinte cañoncitos toda la gente se dirigió de nuevo á la iglesia.

«Al cantarse el *Gloria* resonaron otros veinte cañonazos, disparando además á la Elevacion y al terminarse la misa.

«Por la tarde se cantaron tambien *Maitines*, y seguidamente se organizó la procesion, contando con doscientos soldados turcos para mantener el orden dentro de la iglesia griega. Belen es siempre Belen, y cuando menos se espera estalla un motin.

«Cuando la procesion llegó al pesebre, tomaron al Niño Jesús llevándolo por los claustros del convento, y devuelto á la iglesia, se concluyó tan religioso acto con la bendicion.

«Por la noche elevamos ocho globos y disparamos seis ruedas de fuegos artificiales, lucés de bengala y una infinidad de cohetes. La fiesta fué completa.

«El día de Reyes se celebra con mayor esplendidez que el de la Natividad del Señor, supuesto que á la festividad de los Reyes asisten todos los religiosos, siendo sólo en reducido número los que concurren á la otra.»

— Un misionero de Siria escribe lo siguiente sobre la interesante Mision de Madaba. Recuérdese que los cristianos de Karac, dispersos á consecuencia de los sucesos que en otra ocasion referiamos, se juntaron en las ruinas de aquella antigua ciudad, en donde el Rmo. Bracco, patriarca latino de Jerusalen, hace construir una iglesia.

«Madaba, llamada tambien Medaba, está situada en una gran llanura de la antigua tribu de Ruben, al otro lado del Jordan. Josué (xiii, 9 y 16) la cita con Disbon, su vecina, como confines Norte de la tribu de Ruben. *Madaba* significa en hebreo aguas de dolor ó aguas de fuente.

«Antes de la llegada de los israelitas, Madaba habia pertenecido á los ammonitas, y luego á los moabitas, que hicieron de ella una plaza fuerte. No pudo, sin embargo, resistir á los hebreos, que la tomaron, convirtiéndola en una de las principales ciudades de la tribu de Ruben. No parece, sin embargo, que sus antiguos habitantes fueron exterminados, porque en tiempo de los Macabeos vemos á un príncipe amorreo, llamado Jambri, cuyos hijos cogieron y mataron á Juan, hermano de Judas Macabeo; asesinato que los Macabeos vengaron cruelmente, acuchillando, algun tiempo despues, á todo el cortejo de una boda de la familia de Jambri, sin perdonar á los novios.

«Hé aquí todo lo que nos dice la sagrada Escritura de esta ciudad, que fué, sin embargo, una plaza fuerte considerable y probablemente teatro de más de una guerra.

«El historiador Josefo nos dice que sus fortificaciones fueron reparadas y mejoradas por Juan Hircano, hácia el año 150 antes de Jesucristo, y que Antipater, padre de Herodes, la cedió á Aretas, rey de los Nabatheos.

«Desde los primeros siglos de la Era cristiana Madaba fué erigida en obispado, y fué muy floreciente en tiempo de san Jerónimo y de Eusebio. Las actas del concilio de Calcedonia en 451 llevan el nombre de su obispo Cayano.

«Desde esta época Madaba no aparece ya en los fastos de la historia. ¿Cuándo y por quién fué destruida? No se sabe; pero no creemos que sería temerario atribuir esta catástrofe á la época de la conquista musulmana, á principios del siglo VII.

«Hoy no se ve en Madaba otra cosa que un monton de ruinas, en medio de las cuales nuestros misioneros distinguen claramente las huellas de dos iglesias. Ahora, como hemos dicho, se reconstruye una. Tal vez en este trabajo se encuentre alguna piedra que diga lo que fué Madaba en tiempo de su prosperidad. Sería para nuestros misioneros un estímulo saludable y un poderoso motivo de excitar el celo para restaurar las ruinas morales de esa infortunada ciudad.»

Vizagapatam (Indostan). — El vicario apostólico, Ilmo. Tissot, escribe lo siguiente: «Continúan prosperando todas las obras de la Mision, especialmente nuestras escuelas, que han sido calurosamente elogiadas por el Gobierno inglés.

«Ahora que ha desaparecido el hambre confiaba que habrian decrecido nuestros gastos; pero á consecuencia de las desgracias de estos últimos años nuestros pobres neófitos están cargados de deudas, y te-

nemos que auxiliarles. A Dios gracias, no hemos tenido defecciones que lamentar.

«Las enfermedades, las fiebres y la falta de recursos nos obligaron á abandonar momentáneamente la Mision abierta en 1854 en los bosques Khondes y que ofrecia tan bellas esperanzas. Uno de los misioneros que la comenzaron me suplica le permita continuarla, á lo cual pienso acceder si no me faltan recursos.

«Durante 1880 ha sufrido esta Mision pérdidas sensibles, habiéndome arrebatado la muerte á mi vicario general, un misionero, la superiora del convento de Kamptea y otra religiosa.»

Canadá. — El Ilmo. Power, obispo de San Juan de Terranova, comenzó el 5 de Octubre último su visita pastoral, y un periódico canadiense describe del siguiente modo el recibimiento que á S. I. hicieron los pescadores de la isla:

«Llegado á la embocadura del rio Salmonier, el Obispo fué recibido por el párroco Rdo. Saint-Jean. Habíase dispuesto un elegante bote, empavesado con oriflomas y montado por una escogida tripulacion, para transportar el Prelado á la rectoría, que dista 10 kilómetros. El



INGLATERRA.—Abadía de Santa Escolástica en Teignmuth. (Pág. 136).

tiempo era magnífico, y la vista podía gozarse en el espléndido panorama de la bahía de Santa María. Cuando la noche comenzó á extender sus sombras, la escena se transformó como por encanto. En cada cumbre de las colinas que á derecha é izquierda limitan el horizonte del pequeño brazo de mar encendiéronse alegres fogatas, y salvas de mosquetería saludaban el rápido paso de la embarcacion episcopal. Los católicos, agrupados en todos los puntos que dominan el río, aplaudian estrepitosamente y entonaban cánticos de bienvenida. Al desembarcar S. I. encontró una considerable afluencia de fieles que manifestaban su contento por la visita de su amado Pastor. Fuegos artificiales y extraordinarias muestras de alegría terminaron la velada.

«Al día siguiente el Ilmo. Power administró la Confirmacion á 72 niños de Salmonier, y partió hácia Santa María, en donde confirmó á 120 personas. El viaje á Placentia fué una verdadera ovacion. Repetidas descargas señalaban á lo largo del camino la llegada del carruaje de S. I., y en muchos puntos se habian levantado arcos de verdor. El 10 de Octubre el Prelado confirmó á 140 niños, y por la tarde el Rdo. Howley predicó sobre la fiesta del día: la dedicacion de todas

las iglesias de Irlanda y de Terranova. Recordó que la ciudad donde se encontraban podía ser considerada como cuna del Catolicismo en la isla, pues en 1689, cien años antes del nombramiento del ilustrísimo O'Donnell, primer vicario apostólico, el obispo de Quebec habia enviado misioneros Recoletos á Placentia para fundar una iglesia y predicar el Evangelio.

«Al día siguiente el Ilmo. Power se dirigió á Little Placentia, en donde fué recibido con las mismas demostraciones de entusiasmo, terminando con la Confirmacion de 100 niños su edificante visita pastoral en esta parte de su diócesis.»

Australia. — Con motivo de la colocacion de la primera piedra de una nueva escuela católica, el Ilmo. Vaughan, arzobispo de Sydney, pronunció en Setiembre último ante un concurso de 3,000 personas una alocucion, en la que refirió los esfuerzos hechos en los últimos años para preservar la juventud católica de la perniciosa influencia de las escuelas protestantes ó ateas.

«Desde que tomé parte, dijo, en la administracion de esta diócesis

(Enero de 1874) se han gastado en la enseñanza religiosa 2.006,400 pesetas, realizándose grandes progresos. Nuestras escuelas primarias son en 1880 ocho veces más numerosas que en 1867 y frecuentadas por un número cinco veces mayor de alumnos. En cuanto á los establecimientos de segunda enseñanza, que por decirlo así no existían en 1867, contamos actualmente dos para muchachos y doce para muchachas. El personal docente ha sido considerablemente aumentado. En 1867 habían solamente 57 Religiosas dedicadas á la enseñanza, y hoy existen 8 de la Merced, 32 de San José, 67 del Buen-Samaritano, 42 Hermanos Maristas y 10 Padres Jesuitas.»

Recordó también que las sumas empleadas durante siete años en la erección de iglesias y capillas en su archidiócesis alcanzan la enorme cifra de 3.040,000 pesetas, y terminó diciendo que una comunión que proporcionaba de sus propios recursos más de 5 millones para la sagrada causa de la Religión y de la educación no podía perecer, y que sabía muy bien que «su grey tenía á mucho honor arraigar profundamente en el suelo australiano la fe cristiana, árbol de vida que salva las naciones.»

MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

V.

Larache.— Su posición.— El jardín de las Hespérides.— Dominación portuguesa.— Los españoles en Larache.— Luis XIV.— Los aliados vencidos.— Capitulación.— Perfidia marroquí.— Ataque inútil de los franceses.— El almirante Bandiera.— La armada *vencible*.— Desastre de los austríacos.— Último bombardeo.— Fortificaciones y astillero.— Camino de Mehdía.— El Sebú.— Expedición.— Derrota y victoria.— Mehdía española.— Abd-el-Melec.— Obras de defensa.— Posición pintoresca, estratégica y comercial.— Mámora.— Mehdía y Santa Cruz.— Población.— Camino de Salé.— Acueducto romano.

La ciudad de Larache se halla situada en la orilla izquierda del río Luccos, antiguo *Lixa* ó *Lixus* de los romanos, en el declive de un pequeño cerro á 133 kilómetros N. O. de Fez. Es tan bella su posición y tan agradables sus alrededores, que los moros la llamaron *El-Aráix* ó *jardín de los placeres*, y en verdad que no anduvieron desacertados en darle este poético nombre, puesto que algunos autores han creído que allí debió existir el famoso jardín de las Hespérides.

Esta hermosa población pasó por las mismas vicisitudes que sus hermanas de la costa del Atlántico. Fundada por los Beréberes en época remotísima, perteneció luego sucesivamente á los romanos, griegos y después á los árabes, conservándola éstos hasta el año 1504 en que los portugueses se apoderaron de ella por sorpresa. Efímero, por demás, fué el dominio portugués; pues no pudiendo ó no sabiendo nuestros vecinos defender una conquista tan fácil como importante, la perdieron diez años después.

No queremos pasar en silencio la curiosa noticia que leímos en el *Rud-el Kartas*, pág. 566. Dice, pues, este libro, que mucho tiempo antes de la invasión portuguesa, en 1270, los cristianos se habían apoderado ya de Larache, que degollaron á sus habitantes, arrebataron las mujeres y riquezas, y se volvieron á embarcar, después de haber puesto fuego á la ciudad. ¿A qué nación pertenecían estos cristianos? ¿Quién era su jefe? ¿Qué motivó la invasión? Nada de esto nos explica la crónica marroquí, ni nosotros lo hemos podido averiguar, pero damos esta noticia por lo que pueda valer, sin añadir ni quitar un ápice á su veracidad, aunque no dejamos de encontrarla un poco sospechosa.

Continuando la historia de Larache, diremos que algún tiempo después de recuperarla los sarracenos el hijo del sultán de Fez, á quien pertenecía la plaza, la hizo fortificar construyendo una fortaleza capaz de contener una guarnición de 200 infantes y 300 caballos. En el siglo XVI ocurrieron graves trastornos en Marruecos, causados como de costumbre por las facciones de los diferentes pretendientes á la corona. Había muerto el sultán Muley Hamed el 14 de Agosto de 1603, y sucedióle en el trono su primogénito Muley Xequé, el cual, lejos de gozar pacíficamente del trono heredado, se vió combatido por sus hermanos, cada uno de los cuales trabajaba por su cuenta, y todos en daño del mal asegurado emperador, que viendo vencidas y mermadas las tropas que combatían á los príncipes rebeldes, y creyendo su causa perdida irremisiblemente, no vaciló en pedir socorro al rey de España Felipe III, ofreciéndole en cambio de su protección la entrega de la plaza y puerto de Larache. Era demasiado aceptable esta promesa para que el monarca español dejase de aceptarla; por lo que apresuradamente se organizó una expedición bajo las órdenes de don Juan de Mendoza, marqués de San German, quien tomó posesión de la ciudad en nombre del Rey el día 21 de Noviembre de 1610.

Una vez posesionados los españoles de la codiciada Larache, se dedicaron á reparar las fortificaciones y la dejaron en perfecto estado de defensa, según consta de una lápida que todavía se conserva sobre una de las puertas de la ciudad (1). Para custodiarla quedó una respetable guarnición española, la que resistió bravamente á los moros, que muchas veces intentaron recuperar la perdida joya.

Pasando los años, ocupó el trono marroquí Muley Ismael, que era sultán en 1689. El ver á Larache en poder de los cristianos era de continuo un motivo de pena para este celoso musulmán, á quien su religión y su política aconsejaban de consuno hacer lo que estuviese de su parte para que, expulsados los españoles, desapareciese aquel borron bajo su gobierno; cosa que había de granjearle el afecto de sus súbditos, que no ocultaban su disgusto al ver ondear la bandera española sobre los muros de Larache.

Dejando á parte el derecho que podía asistir á España para conservar una plaza que había *aceptado* en cambio de sus sacrificios de hombres y dinero, no seremos nosotros los que censuremos á Muley Ismael por un deseo tan natural, como era el de arrojar al extranjero de su país; pero no podemos decir lo mismo de Luis XIV de Francia, que no hizo escrúpulo de ayudar al moro con sus armas en la reconquista de Larache: verdad es que S. M. era poco escrupuloso en sus cosas, y parecía estar muy bien curado de semejante afección. Tenemos para expresarnos así tanto más motivo, cuanto que hace bien poco leímos en un autor francés, que una de las virtudes de Luis XIV era el celo por la religión, hasta el punto de obligarle á firmar paces desventajosas, por no permitirle su delicada conciencia que los infieles utilizaran sus victorias en detrimento de los príncipes cristianos.

(1) Dice así esta inscripción:

«Por la gracia de Dios

«Reynando Phelipe tercero ganó estas plazas por manos del Marqués de la Luojosa Año de 1610 y gobernando el Maese de Campo Pedro Rodriguez Santistevan hizo esta muralla año de 1618.»

No vamos á dudar de la exactitud de este *obsequio*, como textualmente le llama el aludido autor; pero como es tan de hombres el errar, y sobre todo el variar, el hecho es que Luis XIV, uniendo sus tropas á las de Muley Ismael, hizo de modo que los españoles se vieran sitiados en Larache por 16,000 hombres y cinco fragatas que impedían la entrada de víveres por mar. Suficientes eran estos medios de ataque para abatir el ánimo de los sitiados; pero, bien léjos de eso, todos los esfuerzos franco-marroquíes se estrellaron contra el heroísmo español. Nuestros soldados rechazaron una y otra vez al enemigo, que se vió obligado á levantar el sitio, con no pequeñas pérdidas. Este asedio ocurrió á principios del año citado de 1689, y en Junio del mismo volvió el rey de Marruecos á poner sitio á Larache.

Increíbles esfuerzos hicieron los españoles para conservar á la patria la posesion de tan importante plaza; pero solos, sin auxilio alguno ni esperanza de obtenerlo, despues de un apretado sitio de cinco meses, y cuando se habia consumido la última galleta y quemado el último cartucho, capitularon los sitiados con condiciones honrosas, que conculcó despues escandalosamente la perfidia marroquí. La capitulacion se firmó el 11 de Noviembre, y en virtud de ella volvió Larache al dominio de los moros: la guarnicion española debia volver *libremente* á España, pero el sultan hizo prender á muchos oficiales, les declaró cautivos, y los trasladó á Fez y Mequinez, donde sufrieron el trato más indigno de parte de aquellos bárbaros (1). Diez y ocho mil moros perecieron en estos dos sitios ante los muros de Larache; pero Larache se perdió para nosotros, por no cuidarse el Gobierno de socorrer á aquellos buenos patriotas que, léjos de su país, se sacrificaban por la honra nacional. Cierto es que á la sazón reinaba en España Cárlos II, y con esto se comprenderá algo mejor el proceder de aquel débil y desastroso Gobierno, que así olvidaba á los que morían ignorados en playas lejanas, para impedir que el sable mahometano cortase aquel giron de la bandera española.

Desde esa época no ha salido Larache del poder de los reyes de Marruecos, ni ha sufrido más ataques sérios que el infructuoso de los franceses en Junio de 1765. Fué tan adversa á Francia la fortuna, que no sólo dejaron á Larache como estaba, sino que tuvieron que retirarse á buen paso, con pérdidas de consideracion. De esta desgracia pueden consolarse con que no fué más feliz la expedicion austríaca que para castigar algunas demasías marroquíes paseó el litoral del Imperio en 1830 á las órdenes del almirante Bandiera.

Por aquel tiempo, la en otro temible escuadra marroquí yacia sepulta en las arenas del Luccos, descansando de las fatigas de la piratería, que tan triste fama la habian adquirido. Presentóse, pues, ante Larache el almirante austríaco, y se propuso quemar la inofensiva y vetusta escuadra mora que, varada en el río, no podía

(1) Por amor á la brevedad omitimos referir las crueldades que con los cautivos y con los mismos misioneros ejecutó Muley Soliman; y por la misma razon nada decimos de las sacrílegas profanaciones que cometieron los moros con cuatro sagradas imágenes de la iglesia de Larache. El curioso que desee adquirir más extensas noticias sobre la barbarie de Soliman puede leer la *Mision historial de Marruecos*, por el R. P. Fr. Francisco de San Juan del Puerto, misionero franciscano en aquel Imperio.

perjudicarle gran cosa. Hallóse para esta hazaña un atendible inconveniente: que la barra no permitía el paso de buques de gran calado, como eran los de Bandiera. Pero impávido éste y testarudo, como buen alemán, no vió en esto un obstáculo insuperable á sus proyectos: en atencion á que sus fuegos no podían perjudicar á los navios contrarios, por hallarse éstos surtos en un recodo, ocultándolos unos montes de arena, determinó bajar á tierra, como lo hizo, y dejando alguna fuerza para guardar los botes, avanzó en direccion al sitio en donde estaban los barcos marroquíes, llevando consigo un cañon de á ocho. Su mala estrella quiso que aquel día fuese de *soko* (mercado), por lo cual se habian aglomerado en Larache innumerables moros de todos los *duares* de las cercanías.

Tan pronto como los moros observaron el desembarco de los expedicionarios, se reunieron en importantes grupos; y apenas Bandiera y sus soldados habian avistado el río, cuando ya tenían en frente un numeroso cuerpo de caballería mora, decidida á no dejarles proseguir su camino. Más que mediano apuro era éste para el buen almirante, que se hallaba sin un caballo: mandó, pues, formar el cuadro y que se colocase en el centro el cañon, con lo que principió á batirse en retirada, logrando contener aquella espesa nube que por todas partes le cercaba.

Si la cosa se hubiera limitado á esto por parte de los moros, tal vez los austríacos se hubiesen reembarcado ordenadamente; pero el peligro fué extremo con la llegada de moros á pié, que se lanzaron furiosos sobre los alemanes. Para mayor infortunio de éstos, al retirarse no pudieron hacerlo por el camino que habian traido, y llegaron á la orilla del mar á un cuarto de legua del sitio donde habian dejado los botes; y como éstos habian sido tambien atacados por los moros, tuvieron que hacerse á la mar, de suerte que Bandiera y los suyos, cada vez más acosados, no pudieron sostenerse más, aunque pelearon con valor y disciplina: dióse el grito de «¡Sálvese el que pueda!» y huyendo hácia el mar, muchos quedaron prisioneros, otros perecieron ahogados, y los pocos restantes ganaron á nado los botes, perdiendo el armamento y el cañon, y dejando cuarenta y tres cadáveres en tierra.

Tan fatalmente concluyó esta expedicion, que no tenía otro objeto que quemar dos ó tres barcos de todo punto incapaces de hacer daño, pues no podían salir del río. Aún hoy se ven los restos de dos, que es todo lo que queda de la temible escuadra marroquí.

El 25 de Febrero de 1860 fué Larache bombardeada por la escuadra española. Nuestros buques hicieron algun daño, tanto al caserío como á las murallas de la plaza, pero debemos ser justos reconociendo que las baterías moras sostuvieron bien el fuego, y causaron algunos desperfectos á bordo, si bien insignificantes. El recio temporal que reinaba salvó á Larache, haciendo demasiado incierta la puntería de nuestros marinos.

Larache debia su importancia á su excelente posicion casi en la confluencia del Mediterráneo y el Atlántico, pero hoy, si su posicion no ha variado, han variado las circunstancias. El puerto es poco seguro, y expuesto á las grandes avenidas del río, no permitiendo la entrada más que á buques de poco porte.

La poblacion ofrece poco de particular, como todas las de la costa. Llama, sin embargo, la atencion el hermoso *Soko* ó plaza del mercado, que se ve rodeado de elegantes arcos, y es sin disputa el mejor del Imperio. Las fortificaciones no dejan tampoco de ser notables, y responden á un buen plan de defensa. Está defendida la ciudad por la parte del rio por una batería, un torreón con varios cañones, un castillo que da sobre el mar, y dos baterías rasantes artilladas con piezas de grueso calibre. Al O. de la poblacion y á poca distancia de ella hay otra batería en forma de media luna, perfectamente situada para defender el frente de la ciudad. En la parte E. de Larache se ven los restos del astillero ó arsenal donde se construian y carenaban los buques marroquíes. La poblacion es de 9,000 almas, incluyendo en este número unos 1,500 judíos.

Saliendo de Larache en direccion á Salé y Rabat, que son las poblaciones principales que la siguen, se atraviesa una pintoresca llanura que corta el rio llamado *Uad-el-Clonge*; se encuentra despues un espeso bosque de encinas, y se vuelve á la playa, por la que se camina todo el dia, debiendo hacer noche en alguno de los *duares* que marcan el término de una jornada, poco más ó menos.

Aprovechando bien el dia siguiente, durante el cual se costean casi siempre unas lagunas (las mayores del Imperio y que se llaman *Ras ed-Daura*) sembradas de islotes, puede llegar el viajero á la ciudad de Mehdía, distante de Larache 115 kilómetros, á la cual muchos llaman *Mamora*, por ser este el nombre del extenso bosque que existe detrás de la poblacion. Para subir á ésta, pues se halla situada sobre una colina, hay que pasar antes en barcas el caudaloso rio *Sebí*, que baña la colina. Este rio nace en las montañas de Taza (ramificacion del Atlas) y desemboca en el Oceano.

El origen de Mehdía se debe al célebre Yacub-el-Mansur, quien eligió este sitio para edificar obras de defensa que protegiesen la entrada del rio, amparando á los buques que, huyendo del mar ó de los piratas, buscaran en él refugio seguro.

Bien penetrado de la importancia de esta posicion el rey D. Manuel de Portugal, y viendo que en ella podia establecer un punto de apoyo que secundase eficazmente sus ulteriores proyectos en Africa, pensó edificar un castillo en la embocadura misma del Sebú. Al efecto reunió una fuerte armada de 200 velas con 8,000 hombres, dando el mando de la expedicion al acreditado general Antonio Noronha. Partió éste de Lisboa el 13 de Junio de 1515, llegando felizmente á su destino el 23 del mismo. Forzaron los portugueses la barra y atacaron en seguida á la ciudad. En ésta encontraron una resistencia que seguramente no esperaban: los sitiados resistieron valerosamente, dando tiempo á que el rey de

Fez, Mahomed ben-Uataz, les enviara algun socorro. No salió fallida su esperanza: al cabo de algunos dias se presentó el hermano del rey, Muley Nacer, al frente de un ejército, y cargando sobre los cristianos los derrotó el día 6 de Agosto. Pero este contratiempo no disminuyó en lo más mínimo el ánimo de los portugueses, que, volviendo á la pelea, se apoderaron de la ciudad, olvidando con tan gloriosa conquista el desastre del primer encuentro.

Cinco años se mantuvo Mehdía por Portugal, durante los cuales fué muy bien fortificada y hermo-seada; hasta que en 1520 los moros la recobraron, batiendo á los portugueses con feroz denuedo, y consiguiendo una victoria tan decisiva que persiguieron al ejército lusitano hasta los mismos muros de

Arcila. Esta derrota costó pérdidas inmensas y una buena parte de la escuadra á los portugueses.

Mehdía perteneció á los moros casi un siglo, hasta que en 1617 (1) el rey de España, Felipe III, mandó organizar una armada de 91 velas, que, saliendo del puerto de Cádiz, hizo rumbo á la embocadura del Sebú. Llevaba esta armada escogidas tropas de desembarco al man-

(1) M. de Chenier dice en sus *Recuerdos históricos sobre los moros*, que fué el año 1604, y D. Modesto de la Fuente en su *Historia de España*, parte III, lib. III, asegura que este hecho de armas fué el 1644, y que en la misma expedicion D. Luis Fajardo plantó la enseña del Cristianismo y erigió altares en la montaña de Salé.



JERUSALEN.—Gruta de la Agonía. (Pág. 142).

do de D. Luis Fajardo, á quien acompañaban otros jefes muy entendidos en las cosas de la guerra. Entre éstos iban el duque de Fernandina, el conde de Elda y el famoso artillero Cristóbal Lechuga. A los tres días de navegación fondeó la escuadra en frente de Mehdía, y á su vista huyeron despavoridos los moros, ocupando los españoles la plaza casi sin resistencia.

Aunque algo más duradera, no fué tampoco muy sólida la dominación española. Hallándose la guarnición desprovista y con escasos medios para defenderse, fué sitiada por Muley Ismael, y los españoles evacuaron la ciudad el 22 de Abril de 1681. Como prueba de que la falta de provisiones obligó á nuestras tropas á rendirse, diremos que el año 1630 el gran Abd-el-Melek puso á Mehdía, y los españoles, que entonces se encontraban en mejores condiciones, rechazaron el asalto, y el insigne guerrero se vió precisado á levantar el sitio.

El dolor y la rabia de esta derrota hicieron que Abd-el-Melek manchase con un acto cruel y sanguinario su historia, y desmintiese el carácter suave y tolerante que los historiadores le atribuyen. En venganza de su descalabro asesinó villanamente con su propia mano al único misionero que entonces había en sus Estados (tres años antes habían muerto, víctimas de la peste, todos los religiosos Franciscanos del Imperio), llamado Fr. Juan del Corral, natural de Soria, de la sagrada Orden de san Agustín, como si aquel infeliz hubiera contribuido en algo á la desgracia de sus armas: achaque demasiado común y frecuente entre los tiranos, que siempre han hecho sufrir los efectos de su cólera á inocentes que en nada pensaban menos que en ser un obstáculo á su ambición. El Sultán se había

propuesto sacrificar á cien cristianos cautivos; empero su sed de venganza se sació con la sangre de este mártir.

Desde la retirada de los españoles, Mehdía no ha tenido otros enemigos que los beduinos del campo que suelen atacarla. Para defenderse contra ellos tiene una pequeña muralla, construida por los portugueses y flanqueada por torreones cuadrados. Esta muralla rodea la ciudad completamente, y por la parte del río contribuye á su defensa la pendiente de la colina, casi perpendicular. Cuenta también con algunos cañones españoles y portugueses, pero tan viejos y sobre todo tan mal montados, que con dificultad podrian hacer fuego.

Fuera de esto, es Mehdía un sitio muy agradable y pintoresco, y con poco trabajo se podría construir un puerto seguro, por ser el río tan profundo y su embocadura tan despejada y libre de escollos, y uniendo á estas circunstancias la de ser navegable en una extensión de muchos kilómetros.

Como posición estratégica es inmejorable, por estar situada en el empalme de los caminos de Tánger, Fez, Marruecos y Mogador. Igualmente sería una riquísima plaza comercial. El bosque de Madora, que cubre 75 kilómetros cuadrados, daría

abundantes y bellas maderas de construcción para exportar á Europa: entre estas maderas es notable el *aárar*, que compite con la caoba en duración y vista, y la excede por su agradable aroma.

Por estas razones creen muchos, y nosotros nos adherimos á su opinión, que España debió reclamar la posesión de Mehdía en vez de la quimérica cesión de Santa Cruz de Agadir. ¿Qué es lo que España saca de esta tan ponderada pesquería, que no es ni será nuestra más que en el papel del tratado? Falta imperdonable fué de los



Agonía de Jesús en el huerto de Getsemaní. (Pág. 142).

diplomáticos españoles pensar que el Sultán nos iba á dar Santa Cruz, cuando él mismo tenia antes que principiar por conquistarla: ¡qué candidez aceptar semejante cesion, si se aceptó de buena fe! Muy diferente hubiera sido el resultado tomando á Mehdía; pero ya se cometió el yerro, y estos yerros no se reparan fácilmente.

Entre tanto lo que debia ser ventajosa colonia de España es un repugnante conjunto de jaimas y casas deruidas, en las que viven unas 400 personas, todas mahometanas, porque los judíos no suelen establecerse en sitios en que no puedan ejercer con provecho su decidida afición al comercio.

TIERRA SANTA.

XIV.

LA GRUTA DE LA AGONÍA.

No puede darse un paso por Jerusalem ó sus cercanías sin encontrar un sitio santificado por la presencia del Salvador, siendo uno de los más caros á la piedad de los fieles aquel en que sufrió mortal agonía y sudó sangre, la víspera de su pasión y muerte. «Vednos, dice un piadoso peregrino del siglo XVII, en un lugar de grandes misterios, lleno de horror, lleno de dulcedumbre, en donde el segundo y celestial Adán gustó la amargura del más amargo y desabrido fruto del mundo para restituirnos la vida y la dicha soberana que el primero y terrenal Adán nos habia hecho perder.» Allí sufrió Jesús por vez primera todos los dolores de su Pasión, antes de sufrirlos en casa de Anás y de Caifás, en el pretorio de Pilato y en el Calvario.

I.

El jueves 2 de Abril, año 4.º de la olimpiada 202, el 19.º del emperador Tiberio, el 33.º de nuestra Era, el día 15.º de la luna pascual segun unos, el 14.º segun los judíos, que no contaban la luna nueva sino desde el día de su aparición, fué Jesús por la tarde al monte Sion y sentóse á la mesa para la cena de la Pascua. Terminada la ceremonia mosaica, lavó los piés de los Apóstoles, instituyó el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, dirigióles el admirable sermón de la Cena, y salió con ellos en dirección al monte de los Olivos. Durante el trayecto, que puede durar de veinte á treinta minutos, les predijo las persecuciones que tendrían que sufrir y la próxima venida del Espíritu consolador. Después, levantando los ojos al cielo, rogó por todos los que en Él creían y por todos los que debían creer en Él en el transcurso de los siglos.

Después de atravesar el torrente de Cedron (1) entró con sus discípulos en el huerto de una casa de campo llamada Getsemaní (2), y dejando á los demás, tomó

(1) Se equivocan los que hacen derivar este nombre de los cedros que hubiesen podido plantarse en los bordes del torrente. Las historias sagrada y profana mencionan en dicho valle olivos, nunca cedros. Aunque el historiador Josefo dice en su obra *Antigüedades judaicas* que Salomón plantó muchos cedros en la Judea, fué en las llanuras, no en valles como el de Cedron. Por otra parte esta palabra hebrea dista mucho de significar cedros. Entre los doctos hebraizantes, unos la hacen derivar de las inmundicias de la ciudad arrastradas por las lluvias; otros, con más verosimilitud, de las sombras del valle, dominado por el monte Moriah al Oeste, y al Este por el Olivete.

(2) Esta casa de campo, de que habla el apóstol san Mateo, no existe hoy, y hasta las ruinas han desaparecido. El fondo del valle, el

consigno á Pedro, Jaime y Juan, como más familiares suyos, y comenzó á entristecerse y angustiarse, y díjoles:

—Mi alma siente angustias de muerte: esperadme aquí y velad conmigo.

Y adelantándose como un tiro de piedra, se postró en tierra caído sobre su rostro, oró y dijo:

—Padre mio, si es posible, no me hagas beber este cáliz; mas no se haga como yo quiero, sino como tú.

Volvió después á sus discípulos y los halló durmiendo á causa de su tristeza, y dijo á Pedro:

—¿Duermes, Simón? ¿no has podido velar conmigo una hora? ¿Por qué dormis? Levantaos, velad y orad para no caer en la tentación: que si bien el espíritu está pronto, mas la carne es flaca.

Fué otra vez á orar, repitiendo las mismas palabras:

—Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, cúmplase tu voluntad.

Y habiendo vuelto á sus discípulos, los encontró también dormidos (porque sus ojos estaban cargados de sueño), y no sabían qué responderle.

Y dejándolos fué á repetir tercera vez la misma oración, entrando en tan grande agonía, que comenzó á sudar gotas de sangre, que corrían por todo su sacratísimo cuerpo hilo á hilo hasta caer en tierra.

En esto se le apareció un Ángel del cielo confortándole (1).

Y viniendo otra vez á sus discípulos, les dijo:

—Dormid ahora y descansad: hé aquí llegada la hora, y el Hijo del hombre va luego á ser entregado en manos de los pecadores. Ea, levantaos, vamos de aquí: llega ya el que me ha de entregar (2).

II.

La actual entrada de la gruta de la Agonía está á la izquierda saliendo de la iglesia que encierra el sepulcro de la santísima Virgen. El grabado (pág. 140) la representa en la sombra, al extremo de un callejón de 9 metros de largo por 2 y medio de ancho, entre dos muros que sostienen las tierras inmediatas. Zuallar y el reve-

lecho del Cedron ha sido en parte cegado por la tierra de las colinas que las aguas han arrastrado allí en el transcurso de los siglos y por la que la mano de los hombres ha acumulado. Hace diez años, en las excavaciones comenzadas en el valle cerca del lecho del torrente para alcanzar un manantial indicado por el célebre hidróscopo Rdo. Richard, fueron descubiertas hermosas piedras talladas á 5 ó 6 metros debajo del lecho actual.

(1) Un artista cristiano, para representarnos la agonía de Jesús en la gruta de Getsemaní, nos ha pintado en una obra maestra (pág. 141) al Salvador abrumado bajo el peso de su tristeza, como si le aplastase y ahogase el corazón la misma cruz que dentro poco habían de cargar los pecados de los hombres sobre sus espaldas. Un Ángel desciende del cielo para aligerar algún tanto de este peso el corazón agobiado de Jesucristo; y en el fondo entre la lobreguez de la noche y la espesura de aquel jardín se ven los Discípulos dormidos, á fin de que aparezca más y más en todo su horror la triste soledad y abandono en que se halla el divino Maestro.

(2) Los lugares donde oró el Señor y donde los Apóstoles quedaron dormidos han sido conservados en su integridad, como atestigua una tradición constante. En este punto los musulmanes, que no han dejado la Judea desde la conquista de Omar-Ben-el-Khatib en 637, están de acuerdo con los cristianos, y nombran como éstos el Cedron, Getsemaní y la gruta de la agonía del Señor.

Ya en el año 385 escribía san Jerónimo: *Getsemani, locus ubi Salvator ante passionem oravit. Est autem ad radicem montis Oliveti. Nunc ecclesia desuper edificata.* Ignórase en qué época fué destruida esta iglesia de que habla el Santo, y de la cual no queda el menor vestigio.

rendo Morison, peregrinos de 1586 y 1697, aseguran que antiguamente se iba á la Gruta por un subterráneo que se abría en el huerto de los Olivos y cuyas señales pudieron ver todavía. En otro tiempo los cristianos tenían el consuelo de pasar del huerto á la gruta y viceversa; pero los malos tratamientos que recibían de los musulmanes, que se escondían allí para sorprenderles é interrumpir sus rezos, obligáronles á cerrar las dos aberturas.

Dos puertas de hierro protegen la Gruta contra toda tentativa de invasión. La primera queda abierta casi todo el día: la otra, formada de barras de hierro artísticamente trabajadas con calados, deja penetrar el aire. La entrada mira al Occidente, y se desciende por una escalera de ocho gradas.

Pocos lugares santos producen en el ánimo la profunda impresión que aquella Gruta, que conserva todo su primitivo aspecto, y ante la cual está hecha la composición de lugar para representarse al Hombre-Dios entregado por completo á la influencia de la humanidad, para sufrir las grandes angustias que atormentaron su alma durante aquellas terribles horas. Allí fué donde se ofreció por última vez, é irremisiblemente, como víctima expiatoria por las iniquidades del linaje humano; allí rompiendo con su divina mirada las rocas de la gruta se le pusieron de manifiesto las ingratitudes, las blasfemias, las persecuciones de los hombres que no querían aprovechar ni agradecer aquella sangre que iba á verter por ellos; desde allí contemplaba al poder del infierno levantando su estandarte frente á frente de aquella cruz que iba á enarbolarse en la cima del Gólgota para recibir su último suspiro, y á este poder llevarse tras de sí una parte de la humanidad por la cual estaba dispuesto á sacrificarse, aunque inútilmente; desde allí veía los crueles tormentos, los duros insultos, los humillantes ultrajes, la muerte cruel que iba á arrostrar voluntariamente... El espíritu cristiano contempla en aquella Gruta sagrada el cuadro tristísimo que presentarían á la consideración de Jesús los diez y nueve siglos que han pasado por el linaje humano y los que pasarán todavía, y comprende que aquella Humanidad sagrada, bañada en frío sudor y saliendo la sangre por los poros de su cuerpo, tuviera que ser confortada por el Ángel del Señor que le sostuvo en su agonía, y tuviera que animarle poniéndole por delante el bien de los hombres fieles que recogerían con amor el fruto de su sangre y aprovecharían el fruto de su Pasión. ¡Con qué reverencia no se besaría aquel suelo sagrado empapado en la sangre pura del Salvador del mundo! y ¡con qué gratitud no se visitaría aquel sitio en que Jesús se condenó á sí mismo á la muerte, pudiendo en aquella triste agonía haber renunciado á su sacrificio si la misericordia no se hubiese impuesto á la justicia!

Esta Gruta es de forma irregular, y está abierta en la peña viva, cuyas rocas descarnadas constituyen una parte de la bóveda. El pavimento tiene fragmentos de viejos mosaicos, entrando la luz por una abertura circular de un metro de diámetro que hay en la parte superior. Es bastante capaz para contener tres altares, estando marcado debajo de la mesa de uno de ellos el sitio en que estuvo postrado el Señor durante su oración.

La bóveda es poco elevada. Tres pilares redondos, des-

tacados de la masa de la roca, han sido conservados para sostenerla por el lado de Oriente. La longitud mayor es de 17 metros y medio, y la latitud de 11. En la bóveda existen señales de una pintura que data del tiempo de las Cruzadas.

Quaresmio, autor de la obra más docta y voluminosa sobre la Tierra Santa y sus santuarios, pudo leer en 1620 estos fragmentos de una inscripción escrita en caracteres del siglo XII en tres líneas como sigue:

HIC REX C TUS SVDAVIT SANGUINEM
SEPE MORABATVR DV C
MI PATER SI VIS TRANSFER CALICEM ISTV A ME

Puede traducirse: «Aquí Cristo rey sudó sangre; acostumbraba venir á este sitio *hasta que en fin se encomendó á su Padre con estas palabras*: Padre mio, aparta de mí, si quieres, este cáliz.» Deben añadirse las palabras de letra bastardilla, porque despues de MORABATUR, apareciendo borrada la escritura y quedando solas las letras DV C, es el sentido más natural para unir las palabras MI PATER, etc., con las precedentes.

En Febrero de 1876 el Rdo. Poyet, protonotario apostólico, descubrió en la bóveda, á la izquierda del altar mayor, algunas letras, y despues de lavarlas con una esponja pudo leer las tres primeras palabras: HIC REX C TVS... y despues toda la segunda línea leída por el P. Quaresmio.

III.

Cada día un religioso Franciscano del convento de San Salvador va á celebrar misa en la Gruta. El Miércoles Santo descienden los Padres en gran número para celebrar allí una función expiatoria, y acuden asimismo gran número de peregrinos. El día propio para ella es el Jueves Santo, pero se adelanta un día porque el Jueves los Padres Franciscanos deben asistir á la basilica del Santo Sepulcro.

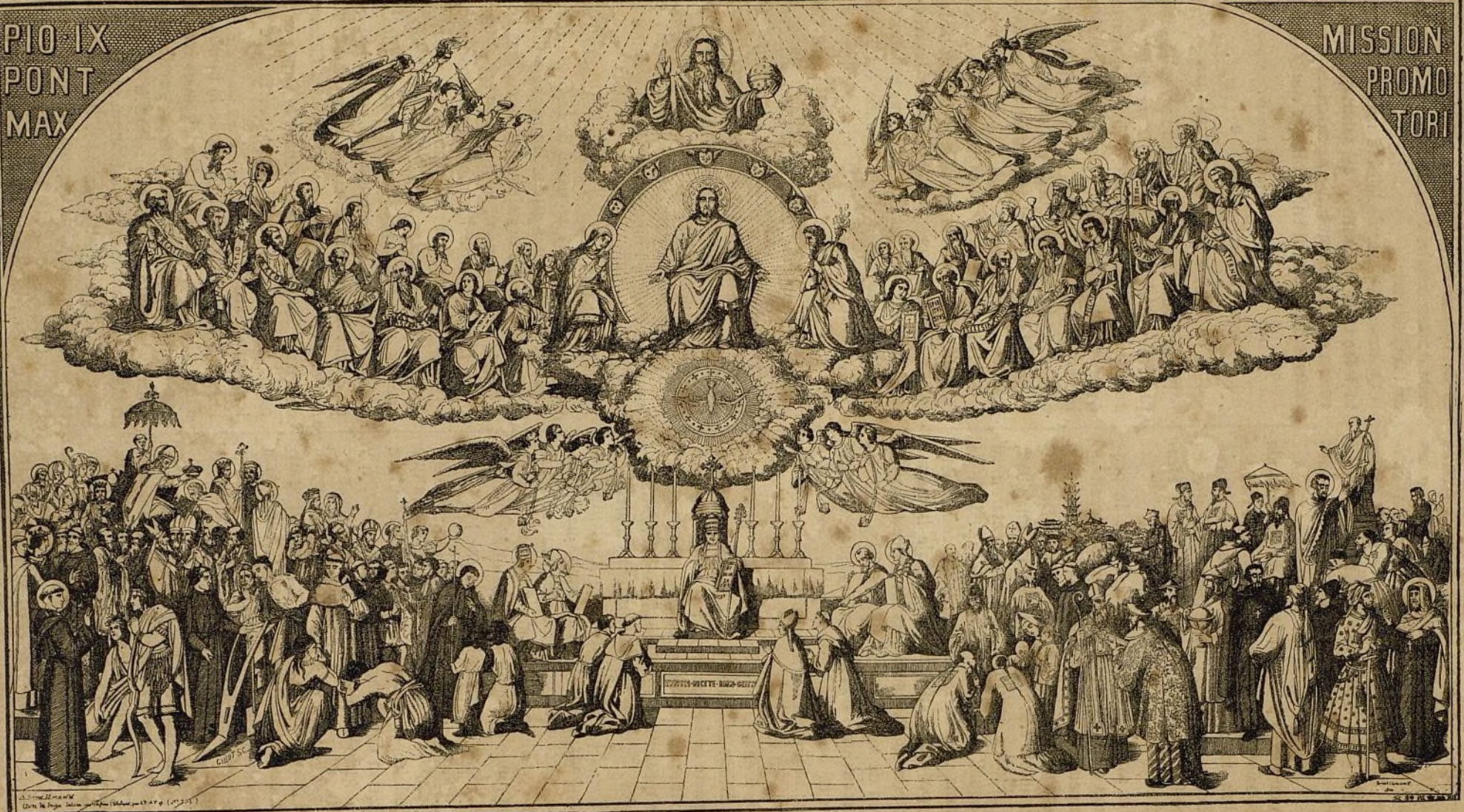
Uno de dichos religiosos es constituido por espacio de un año custodio y sacristan de la Gruta de la Agonía; cuida de las lámparas que arden noche y día, y renueva las flores naturales del altar mayor, cogidas en el jardín ó huerto de Getsemani.

En 1757 lograron los monjes griegos expulsar de la Gruta á los Padres Franciscanos. El mariscal Brune, embajador en Constantinopla de 1803 á 1805, consiguió que les fuera restituida. Ya otras veces se les disputó á dichos religiosos la posesión del venerando Santuario; pues el P. Roger en 1620, el canónigo Doubdom en 1652, Morison en 1698, y aún en 1719 el P. Ladoire, vicario de Tierra Santa, nos representan la Gruta como profanada, llena de inmundicias y convertida en establo de los musulmanes.

Para preservar la santa Gruta de la infiltración de las aguas pluviales, los Padres Franciscanos han hecho embaldosar toda la superficie superior, rodeándola de un muro y un foso destinado á conducir las aguas al torrente de Cedron. Este muro blanqueado con cal aparece bien visible en nuestro grabado. El campo en que se encuentra la gruta de la Agonía fué comprado por los Padres Franciscanos, que lo plantaron de olivos. Una antigua cisterna restaurada recoge el agua que en invierno desciende por el camino que conduce á la cumbre de los Olivos.

PIO IX
PONT
MAX

MISSION
PROMO
TORI



CUADRO DOGMÁTICO DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Ayuntamiento de Madrid